



LEYENDAS, HISTORIAS Y CASOS DE MI TIERRA ECUADOR



RECOPILACIÓN DE LA LITERATURA ORAL

1996-2023

Dorys Rueda

Leyendas, historias y casos de mi tierra Ecuador

Recopilación: Dorys Rueda
1996-2023

Portada

Autor de la fotografía: Romel Rojas

Título: Lago San Pablo

Julio, 2023

ISBN: 978-9942-44-722-7

Derechos de autor: QUI-064104

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, sin permiso previo y por escrito de la autora.

A HÉCTOR, MI ESPOSO

POR CREER Y SOSTENER MIS SUEÑOS.

A MIS HERMANOS

SORAYA Y MIGUEL ÁNGEL

AGRADECIMIENTOS

Infinitas gracias a mis ex alumnos de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y del Seminario Mayor San José de Quito por recopilar la mayor parte de las leyendas, historias y casos del Ecuador: Dayanna flores, Viviana Toapanta, Camila Bernal, Jhennyfer Almachi, Abigail Encalada, María Emilia Menéndez, Sofía Cueva, Soledad Suárez, Marco Guamán, Jhael Lovato, Margarita Tinajero, Émily García, Josselyn Rivera, Félix Andueza, Francisco Ramírez, Martín Novasco, Alejandro Palma, David Del Valle, Dayana Vega, Paola Jami, María José Santana, Micaela Toledo, Pamela Chango, Stephanía Bastidas, Génesis Carolina Arias, Gabriela Estefanía Amores, Marco Tamayo, María José Carvajal Ruiz, Alexis Cabezas Ruiz, Dennise Montalván, Edison F. García, Brian Lara Buitrón, Víctor Tapia, Máximo Jacinto Heredia, Luis Fernando Moreira Obando, Ángel Regalado, Ángel Sánchez, Jefferson Pinza, Dilan De la Cruz, Danilo Fierro y Rockson Gualinga.

Agradezco también a mis colegas docentes, a mis amigos y a mi entorno familiar por su nobleza y generosidad al entregarme la riqueza oral de nuestro pueblo: Alicia Jiménez, Patricia Cajas, Gladys Rengifo, Helena Olmedo, Susana Aragón, Amparito Benítez, Amparito Nicolalde, Clara Chaves, María Angelita Rodríguez Hidalgo, Miguel Ángel Rueda, Héctor Cisneros, María del Carmen Sánchez y Mónica Narváez.

Gracias también al maestro y periodista otavaleño Romel Rojas por su colaboración al entregar generosamente su fotografía del Lago San Pablo para la portada del libro. Asimismo, agradezco al periodista, narrador y poeta ecuatoriano Rubén Darío Buitrón por la elaboración del prólogo del presente libro.

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	4
PRÓLOGO.....	7
PRESENCIA INFERNAL.....	10
EL ESPÍRITU DE TONSUPA	11
SOMBRAS DEL CEMENTERIO	12
LAS BRUJAS Y EL DIABLO	13
LA VIUDA DE MOSERRATE	14
EL BORRACHO	15
EL ENCAPUCHADO DE LA JAUJA	16
EL DEMONIO DEL MONTE	18
EL CAMIÓN DE LA OTRA VIDA	19
EL EXTRAÑO HOMBRE	20
EL LIBRO DEL ATRIL.....	21
APARICIONES.....	22
LA VIRGEN DE LAS NIEVES	23
EL FANTASMA DEL CUARTEL DE CABALLERÍA	24
EL TORO MAMÓN.....	25
LA ANCIANA DEL HOSPITAL GENERAL DOCENTE DE RIOBAMBA	26
LA PRESENCIA PAVOROSA	27
EL CUERPO SIN CABEZA	28
LA DAMA BLANCA DEL ORIENTE.....	29
EL HOMBRE DE NEGRO	30
CINCO GOLPES.....	32
EL ESPÍRITU INOCENTE DEL COLEGIO SANTA ANA	33
EL LOBO MISTERIOSO	34
EXTRAÑA VISIÓN	35
LA MALDICIÓN DE LA MULA.....	36
EL DUENDE	37
EL DUENDE DE SAN VICENTE DE CHITACASPI	38
LOS DUENDES DE OTAVALO	39
EL DUENDE DE LA FÁBRICA LA JOYA.....	41
EL DUENDE DE IBARRA	42
EL DUENDE DE TUMBACO	44

SALVADOR YÁÑEZ Y EL DUENDE	45
EL DUENDE DE CUMBAYA	46
EL DUENDE GUARDIÁN.....	47
EL DUENDE DE LA CASCADA	48
EL DUENDE Y LA GUITARRA	50
MUJERES SOMBRÍAS	52
MUJER DE LA NOCHE OSCURA	53
LA PÁNFILE	54
LA BRUJA Y EL PAN	55
LA LLORONA DE TUMBACO	56
DOS ÁRBOLES	57
LA VIUDA DE QUITO	59
LA VIUDA DE SANGOLQUÍ	60
SITIOS ESPECIALES.....	61
LAS MAZORCAS DEL TÚNEL	62
LA CHICA DE LA CURVA PELIGRO	63
EL LAGO SAN PABLO	65
DOÑA FILOMENA EN LA IGLESIA DE SAN LUIS.....	66
ESQUINA DE LA VIRGEN	68
MISTERIO DE LA MONTAÑA	69
SU MANO	70
RUBÉN DARÍO BUITRÓN	71
ROMEL ROJAS.....	72
LA AUTORA.....	73

PRÓLOGO

La inteligencia y preparación académica de Dorys Rueda y su profundo compromiso por sus orígenes y sus historias (su Otavalo, su Imbabura, su país, todas sus patrias) ha parido este libro maravilloso, sorprendente, delicioso y pletórico de amor por la memoria colectiva: “Leyendas, historias y casos de mi tierra Ecuador”.

Nadie como Dorys Rueda puede haber ideado un libro así. He leído trabajos y libros parecidos de otros autores, que han intentado recopilar las leyendas, los mitos, las historias populares y los cuentos de los abuelos. Pero nunca me he sentido tan adentro de las páginas de un libro como este de Dorys, porque ahí estamos yo y mi pasado, como estamos nosotros, como están ustedes, como están ellos, como estamos todos los que habitamos esta dulce y triste nación de contrastes profundos.

Parecería que en la cabecita de la investigadora y recopiladora de estas tantas historias hubo un persistente llamado desde lo más profundo de las raíces humanas y sociales: una voz venida desde lo más ancestral que le decía: la memoria, Dorys, la memoria.

Y supongo que fue el efecto de aquella insistencia en sus brillantes neuronas y su delicada y muy despierta sensibilidad, que se cuela por su piel morena y su alma pura, la que originó este riguroso y cariñoso trabajo destinado a detener el tiempo, a perpetuar sus instantes, a cultivar su magia, su imaginación, sus miedos que se vuelven abrazo, sus recuerdos que se vuelven fiesta, sus indagaciones y acercamientos a los portadores de las palabras que forman un universo tan cercano y lúdico.

Cuando fui niño, el encuentro con las leyendas y tradiciones fue en la escuela. Un libro hechicero llamado “Terruño”, que debíamos estudiar para una cátedra llamada “Lugar natal” (hoy desaparecida por la miopía de gobernantes poco afectos a sostener el imaginario nacional).

El origen etimológico de la palabra que daba título a ese libro de texto escolar hacía alusión a la tierra, a lo nuestro, a lo más cercano de nuestro corazón. Y fue desde entonces que las puertas de mi espíritu se abrieron de par en par a lo más íntimo de nuestra conciencia colectiva.

Años antes, más pequeño todavía, ya tuve mi primer acercamiento a los duendes de las alcantarillas del centro de Quito y a los fantasmas que expiaban sus penas en los siete túneles del Itchimbía, contruidos a raíz de la guerra civil de Los Cuatro Días a principios del siglo pasado.

Como suele ocurrir con muchos de nosotros, el primer encantador de la palabra fue mi abuelo Ricardo, que había sido maestro mayor de muchas construcciones de la ciudad, en el Quito pequeño, casi rural y semifranciscano.

Y así, entre mi abuelo Ricardo y el libro Terruño fui apropiándome de María Angula, de la Casa 1028 o la Niña del Toro, del Candelero de San Agustín, de la angustia y astucia de Cantuña, de las aventuras nocturnas del padre Almeida, de las vueltas mágicas con las que La Torera hacía girar su bastón junto a La Basílica, de la Caja Ronca (que fue mi miedo infantil más espantoso, pues mi hermana Mariana se encargaba de decirme, antes de dormir, que ya mismo bajaba esa cosa extraña por las empinadas calles de mi barrio El Dorado).

Un día, cuando yo era adolescente, mi cuñado Velvy, que por su trabajo recorría en una camioneta las rústicas carreteras del norte del país, me contó que iba por la noche a Cotacachi bajo una intensa lluvia y que al borde de la carretera una hermosa mujer, vestida de blanco, le pidió que la llevara. Él, con cierto afán de coquetería, la hizo subir al auto, la vio temblar, le cubrió con su chompa y ella le pidió que la llevara hasta su casa del centro de Cotacachi. Cuando la dejó, ella quiso devolverle la prenda, pero él, con intención de volver a verla, le dijo que no se preocupara, que al día siguiente volvería, y se despidió. Al otro día regresó. Golpeó la puerta. Le abrió una anciana. Él le dijo que venía a ver a la chica de anoche y a recoger su chompa, pero la viejita le respondió que allí no vivía nadie más, que su hija falleció hace 15 años.

Fueron al cementerio y en la tumba de la chica estaba la chompa, colgada con delicadeza y con un pedazo de papel donde decía “gracias”.

Una historia extraña y tenebrosa cuyo espanto no me duró mucho: tres años después fue invitado, como periodista, a un taller en la Fundación del Nuevo Periodismo, en Cartagena, Colombia. Leímos un texto de las entrañables crónicas de García Márquez y

me sorprendí que en una de ellas Gabo contaba la misma anécdota, exacta, de la chica y la chompa, que, según él, había escuchado en Praga, capital de la República Checa.

Descubrí, entonces, que la memoria colectiva no tiene fronteras, pero también que era necesario que nuestras leyendas más precisas y cercanas, por ejemplo, las del Quito colonial, debían mantenerse vigentes por siempre y para siempre, porque son nuestras huellas de identidad.

No volví a esos temas durante muchos años, dedicado como he estado estas décadas a la poesía, a la narrativa, a la crónica y al periodismo.

Pero, siempre, en mi más profundo recuerdo, he mantenido el amor y el asombro por aquellas historias con una alucinada e infantil mezcla de nostalgia, magia y reverencia.

Por eso considero que este libro de Dorys Rueda es un regalo para las generaciones del pasado, del presente y del futuro. Un regalo de devoción y de apasionada búsqueda de quiénes fuimos y de dónde venimos. Porque solo entendiendo aquello podemos construir un porvenir donde los mitos de nuestra civilización lleguen a ser tan sólidos y potentes como son los de los griegos, de los romanos, de los aztecas, de los incas y de los nativos del Reino de Quito (hoy llamado Ecuador).

Con esa solidez y esa potencia podemos ser una nación capaz de mirarse a sí misma con orgullo, con altivez, con soltura y confianza en lo que somos. Porque somos leyenda y somos camino. Pero leyenda y camino que no podrían tener raíces sino fuera por nuestros abuelos, nuestros bisabuelos, por su imaginación, por su creatividad, por su necesidad de comunicarnos lo que llevaban dentro, por sus mitos y tabúes, por los productos de sus religiosidades, por la urgencia de que el legado de la oralidad permanezca, por siempre, en nuestro ADN cultural y memorable.

Gracias Dorys Rueda por este presente y este don. Que la memoria social te bendiga por siempre.

Rubén Darío Buitrón
Julio de 2023

PRESENCIA INFERNAL

La literatura oral, como patrimonio antiguo de nuestro pueblo, es una creación colectiva y anónima que refleja nuestras costumbres, tradiciones y creencias, a través de las leyendas, cuentos, casos y mitos. Forman parte de nuestros recuerdos familiares y nos han acompañado desde la niñez hasta la vida adulta.

En las distintas historias que se cuentan en el país, aparecen seres extraños y sobrenaturales, cuya presencia nos provoca escalofríos.

A veces, estos espectros se esconden tras una respiración cansada, como en *“El espíritu de Tonsupa”* o surgen entre las tinieblas, como en *“Sombras del cementerio”*.

Algunas veces asumen la figura de una hechicera que vuela, como en *“Las brujas y el diablo”* y, en ciertas ocasiones, son demonios o calaveras que rondan por el mundo, como en *“El borracho”*, *“El encapuchado de la Jauja”*, *“El demonio del monte”* o *“La viuda de Monserrate”*.

EL ESPÍRITU DE TONSUPA

Fuente oral: **Patricia Cajas**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Abril, 2018

Provincia: Esmeraldas

En mayo de 1995, me encontraba cursando el sexto curso del Bachillerato, tenía 17 años. Al llegar el paseo de fin de año, como era tradición en los colegios de Quito, viajamos a Tonsupa.

Nunca me ha gustado dormir con la puerta de la habitación abierta y sin seguridad. El paseo no iba a ser la excepción. Puse seguro en la puerta durante los tres días que permanecemos allí.

Nos ubicamos ocho personas en una cabaña. En mi habitación había dos camas literas, es decir, cuatro personas compartíamos el dormitorio.

Una noche, mi mejor amiga y yo estábamos conversando, mientras el resto de las chicas ya se habían dormido. Cerca de las 11:30 sentimos algo raro: un silencio sobrecogedor nos envolvió y eso era muy extraño, pues durante las noches se escuchaba la brisa, el cantar de animalitos como sapos o grillos y el golpe de las olas al romper en la orilla. Pero en ese momento, todo se convirtió en silencio. Sentimos escalofrío y miedo, pero no sabíamos por qué. De pronto, oímos, a lo lejos, una especie de respiración, como cuando un perro está cansado de correr. Poco a poco esa respiración estaba más cerca y nuestro miedo se intensificó.

Mi amiga estaba en la cama superior y bajó la mano hacia mí, yo le tomé la mano y lo único que se nos ocurrió fue rezar. La respiración estaba más cerca, estaba ya detrás de la puerta de la habitación. La chapa de la puerta empezó a moverse, pero como estaba cerrada con seguro, no se abrió. No recuerdo cuántas veces rezamos el “Padrenuestro”, finalmente sentimos de manera inmediata que, así cómo se fue el sonido, este regresó y el ser que respiraba incesantemente se alejaba, a medida que el sonido se aclaraba.

Mi amiga y yo nunca hablamos a nadie sobre este hecho, tal vez por miedo o porque hasta a nosotras nos parecía increíble cuando lo comentábamos.

El tiempo pasó. Casi diez años después, mientras limpiaba y organizaba mi oficina en el trabajo, me llamó la atención un pequeño folleto que contenía las leyendas de Esmeraldas. Al leerlas, encontré un relato muy parecido a lo que nos sucedió a mi mejor amiga y a mí.

SOMBRAS DEL CEMENTERIO

Fuente oral: **Mercedes Buitrón**

Recopilación: **Brian Lara Buitrón**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Febrero, 2016

Provincia: Guayas

Hace muchos años, en la ciudad de Guayaquil, vivía con mis hermanos y mis padres en el barrio Pie de lucha.

Como éramos una familia pobre y humilde, alguien de casa salía para hacer las compras, sea al mercado o a cualquier sitio que se necesitaba para adquirir algo que nos hiciera falta. Todos salíamos de casa a cualquier hora, menos mi mamá que solo salía en la mañana o bien temprano en la tarde, porque tenía miedo de pasar por el cementerio, que estaba cerca de la casa. Las vecinas le habían dicho que si pasaba por ese lugar en la noche, se toparía con sombras que eran la misma encarnación del diablo.

Nosotros le habíamos dicho que no creyera en esas cosas, porque muchas veces habíamos pasado por ese lugar y jamás nos habíamos topado con ninguna sombra.

Una noche, como a las nueve, mi padre se sintió algo enfermo. Como ni mis hermanos ni yo estábamos en ese momento en casa, le pidió a mi madre que fuera a la farmacia a comprar un analgésico para el estómago. A mi mamá no le quedó más remedio que ir, aunque la idea le espantaba por completo.

Cuando ya había comprado la medicina, al regreso a casa, pasó por el camposanto. Al hacerlo, alzó la mirada y vio cómo se movían un par de sombras en la entrada del cementerio. Gritó de pánico y en una sola carrera llegó a la casa. Entró frenética, sin poder decir qué mismo le había pasado. Mi padre, enfermo y todo, sin poder calmarla, la llevó a la iglesia para que la viera el sacerdote.

Cuando llegaron al templo, mi madre más tranquila pudo contar lo que le había sucedido. Relató que al pasar por el cementerio, justo en la entrada, había visto un par de sombras. Era un hombre bien vestido con terno negro, que llevaba de la mano a un niño con traje de primera comunión. El pequeño tenía los ojos rojos y sus uñas eran grandes, como garras.

El sacerdote, para tranquilizarla, le echó agua bendita en la cabeza y le dijo que el diablo siempre toma diversas figuras para tentar a la gente. Desde ese momento, mi madre nunca más volvió a salir en la noche y todo en la casa volvió a la normalidad.

LAS BRUJAS Y EL DIABLO

Fuente oral: **María Angelita Rodríguez Hidalgo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Otavaló, 1996

Provincia: Imbabura

Mi madre, cuando acudía a la Fuente de Punyaro y platicaba con las vecinas del lugar, escuchaba historias que le provocaban miedo. Voy a contarles uno de esos relatos, que se remonta a ese Otavaló antiguo llamado Sarance.

Varias mujeres otavaleñas, jóvenes y hermosas, pero pecadoras, vendieron su alma al diablo, a cambio de poderes de brujería. El pacto y la firma del acuerdo se llevó a cabo en la quebrada más grande del pueblo, a las 12 de la noche, cuando la oscuridad envolvía el lugar y a lo lejos se escuchaba el ruido del riachuelo.

Después del pacto, las mujeres se convirtieron instantáneamente en brujas. Cada luna llena, a medianoche, volaban sobre el poblado, buscando víctimas que por lo general eran borrachos, infieles y trasnochadores que caminaban por las calles. Cuando se cansaban del vuelo o querían reposar un momento, se dirigían al cementerio donde les esperaba el diablo y les daba instrucciones para captar con mayor brevedad a sus víctimas.

Por eso, las madres aconsejaban a sus hijos que durmieran temprano y evitaran salir de casa en luna llena.

LA VIUDA DE MOSERRATE

Fuente oral: **Susana Aragón**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Junio, 2023

Provincia: Imbabura

El barrio Monserrate es uno de los más conocidos de la ciudad de Otavalo. Muchos habitantes aseguran que allí nació la festividad del Yamor, en el mes de septiembre. Su centro de atracción es la Gruta del Socavón, una cueva de agua sagrada para los indígenas en la antigüedad y hoy, un lugar de devoción para la gente otavaleña, pues en su interior, entre las aguas cristalinas, reposa la Virgen de Monserrate.

La historia que les contaré les sucedió a mis dos tíos, justamente en el puente por donde la gente transitaba para llegar al barrio Monserrate.

Una noche, antes de las doce, mis dos tíos estaban por llegar al puente, un lugar totalmente solitario a esa hora. De pronto, a cierta distancia, vislumbraron a una mujer vestida enteramente de negro que estaba parada junto al puente. Su figura era atrayente: delgada, alta y con un manto negro que le cubría el rostro. Seductoramente les hacía señas para que se aproximaran más.

Uno de mis tíos, hipnotizado por la visión, sin pensarlo dos veces, apresuró el paso para llegar rápido donde estaba parada la mujer. El otro, presintiendo que la aparición no era buena, le gritó para que regresara, pero su hermano no le hizo caso. Al contrario, se acercaba más y más. El hermano que se había quedado atrás, aterrorizado, se dio la vuelta y se fue corriendo para su casa.

Cuando llegó, contó a su familia lo que les había pasado y cómo su hermano se había ido tras la mujer. Pasó un buen rato y el hermano no llegaba. Desesperados, iban a salir en su búsqueda cuando alguien golpeó la puerta de calle. Al abrir, vieron que se trataba de mi tío que se desplomaba en la entrada, echando espuma por la boca.

Al siguiente día les contó lo que le había sucedido...

Cuando mi tío llegó donde estaba la mujer, ella coquetamente caminó hacia la quebrada y él la siguió. La mujer se sentó en una gran piedra que había en el barranco, haciéndole señas para que se acercara. Mi tío así lo hizo y se sentó junto a ella. Cuando retiró el manto de su rostro para besarla, lo que vio le llenó de espanto. En lugar del semblante hermoso de la mujer, quedó al descubierto una atroz calavera. El hombre corrió despavorido del lugar hasta llegar a su casa.

EL BORRACHO

Informante oral: **Julia María Guamán Villamagua**

Recopilación: **Luis Fernando Moreira Obando**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Octubre, 2022

Provincia: Loja

En Loja, en el pueblo de Belén, vivía mi tío Luis que sabía tomar bastante y le era infiel a su mujer, a quien maltrataba mucho.

Vivía de tan mala manera que la vida le dio un gran escarmiento. Un día, mientras se dirigía a su casa, tuvo varios encuentros terroríficos.

Primero se le apareció un hombre montado en una mula. Después, un hombre encarnado en la figura de un perro y más adelante, una puerca grande de mal olor que se iba arrimando contra él, pasándose por sus piernas.

Cuando ya estaba cerca de su casa, se encontró con un gallinazo. Él, aterrado, hizo la señal de la cruz en una piedra para ahuyentarlo y el gallinazo se apartó, se hizo más allá.

A pocos pasos de la entrada, su cabeza se hizo tan grande que ya no podía andar de frente, sino para atrás, para atrás, para atrás...

Cuando finalmente entró a la casa, lo hizo sin decir ni una sola palabra. No podía hablar, porque estaba paralizado del miedo. Esa tarde se le había presentado el diablo, encarnado en varios animales, por la mala vida que llevaba y por cómo se comportaba con su esposa, con quien convivía desde hace muchos años.

EL ENCAPUCHADO DE LA JAUJA

Fuente oral: **Víctor Tapia**
Recopilación: **Dorys Rueda**
Abril, 2015

Provincia: Pichincha

La Magdalena es un sector ubicado al sur de la ciudad de Quito, un barrio muy hermoso donde viví con mi familia durante seis años. Nuestra casa estaba situada cerca del colegio “Sagrado Corazón de Jesús”, en la Jauja y General Pintag, donde estudiaban mis hermanas. Era una edificación blanca de dos pisos y portón verde en la que vivíamos varias familias, cada una en un departamento distinto.

Para ese entonces, yo tenía 11 años y era sumamente escéptico ante la presencia de los fantasmas, pero mis vecinas no lo eran y aseguraban que en aquella casa a la cual nos habíamos cambiado pasaban sucesos insólitos. Se escuchaban voces por las noches y una presencia extraña rondaba por el lugar.

Terminada la mudanza, ya por la noche, esperaba con ansias que sucediera algún suceso de los que me habían mencionado mis vecinas, pero no ocurría nada. Pasaron los días y me cansé de esperar, me olvidé entonces del tema y perdí el interés por lo sobrenatural.

De pronto, empezaron a ocurrir cosas extrañas en las noches: las puertas de los armarios se abrían de par en par y se oían ruidos y pasos de alguien que caminaba por la casa. Al principio, me imaginaba que era algún miembro de la familia que se había levantado al baño.

Una noche, mientras dormía tranquilo, me desperté con la sensación de que había gente alrededor de mi cama, observándome... Con temor, abrí los ojos y, efectivamente, vi una sombra mirándome como si esperaba algo. Del susto, cerré los ojos y me cubrí con las cobijas hasta la cabeza. Comencé a rezar el “Padrenuestro”, con la esperanza de que aquella sombra desapareciera. Lo que así sucedió, entonces, me quedé dormido nuevamente.

Del pavor, pasé a la costumbre y conseguí lidiar bien con aquellos sucesos extraños. Mis padres siempre prefirieron ignorar el tema, al igual que mis hermanas, pero yo nunca lo dejé de lado. Un día, todo se intensificó. Ya no había solo apariciones por las noches o puertas de los armarios abiertas en las mañanas, sino que mi radio se prendía solo y mi perrita se inquietaba mucho.

Me mudé al cuarto de mis hermanas, pensando que allí no ocurriría nada, pero me equivoqué. Una madrugada la puerta de la habitación se abrió lentamente y una presencia alta y negra, con una túnica y una capucha que le cubría el rostro, extendió su mano de color blanco azulado como la de un muerto, invitándome a ir con él. Al día

siguiente, le conté lo sucedido a mi madre, pero no me creyó y mis hermanas con las que dormía prefirieron evadir el tema. Entonces, fui donde mis vecinas y les conté lo que me había ocurrido y ellas me aconsejaron abandonar la casa o llamar a un sacerdote para que la bendijera. Lo más efectivo fue la segunda opción.

Mis padres al fin llamaron a un cura que nos aconsejó orar por esa alma o espíritu que nos atormentaba y aunque la aparición siguió en la casa, fue desvaneciéndose con el tiempo.

EL DEMONIO DEL MONTE

Fuente oral: **Rosa Elena Cárdenas**

Recopilación: **Dayanna flores, Viviana Toapanta**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Pichincha

La historia extraña que les contaré ocurrió hace muchos años en la Vaquería, un Barrio ubicado en la Parroquia de Amaguaña, en Quito. La viví junto a mi esposo, a la edad de 27 años. Era la época en la que los capitalinos solíamos salir a coger catzos blancos para consumir.

Una madrugada salimos de la casa de mi suegra en la moto que en ese tiempo tenía mi esposo y nos dirigimos a unos cerros por la parte de Pucará Alto, hacia los bosques de la hacienda del Rosario.

Llegamos allá casi a las cinco y veinte de la mañana, porque a eso de las cinco y media empezaban a volar esos bichitos. A esa hora, el cielo estaba por abrirse con esas franjitas blancas, iluminando lo que se encontraba oscuro. Nos agachamos a buscarlos y estando así, escuchamos un grito horroroso que nos paró los pelos de punta y nos petrificó del susto.

Cuando regresamos a ver al frente, justo donde se encuentra el tanque del reservorio de agua que suministra a Quito, que se llama “Sevilla Martínez”, vimos a una figura negra, inmensa que estaba parada sobre los tanques. Si los tanques eran enormes, la imagen era más grande. Era una cosa monstruosa, de color negro, con un rostro grotesco. Alzó sus manos, que eran como alas, nos quedó viendo y se lanzó a la quebrada llamada Chuza Longo.

Mi esposo, aterrorizado, cogió la moto y salimos volando a la casa. Desde ese día, no hemos vuelto a ese lugar. No sabemos qué mismo vimos, si a un demonio o a un cuco, si a un fantasma o a un diablo. La única certeza que tuvimos fue que la aparición había sido demoníaca.

EL CAMIÓN DE LA OTRA VIDA

Informante oral: **Alba Varela**

Recopilación: **Ángel Regalado**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Noviembre, 2022

Provincia: Pichincha

Una noche, a las doce, un hombre estaba apurado colocando los pollos en los cajones para embarcarlos en cualquier carro que pasase y poder salir a venderlos.

Salió a la puerta y, al espiar por la carretera, miró una luz y vio que bajaba un transporte. Se dijo a sí mismo: “¡Me muero!, un carro se está acercando. ¡Jesús!, sacaré los cajones de pollos. Ya son las diez de la noche y yo, solito, acarreando las aves”.

Salió de nuevo a espiar, preguntándose por qué el vehículo que había visto se tardaba tanto en llegar. No entendía, el camino era recto y no había curvas y él ya estaba listo con los pollos.

Pensando en eso, un pequeño camión se estacionó junto a él y un hombre se bajó del transporte. Le preguntó para dónde iba y él le contestó que se dirigía a la ciudad a vender sus pollos. Entonces, el hombre le invitó a subir y en segundos, de la nada, aparecieron personas que le ayudaron a llevar los cajones de pollos al carro.

Dieron las cuatro de la mañana. En ese momento, justo al pasar por la quebrada, un gallo que había estado en un cajón cantó. Al escucharlo, el hombre que manejaba vociferó: “Gallo maldito, me has hecho la malilla (trampa), ya no puedo llevarme a esta alma conmigo”.

Dicho esto, botó al hombre a la quebrada con todos los cajones de pollos encima, mientras el carro estaba aún rodando y como despedida le dijo con una voz infernal: “Agradece que el gallo cantó, si no te llevaba con todos tus pollos al infierno”.

Cuando amaneció, la gente que iba al trabajo y pasaba por la quebrada escuchó quejidos de auxilio que venían de ese lugar. Se preguntaron quién podría ser y cuando se asomaron al filo de la quebrada, lo vieron. El dueño de los pollos no podía ni moverse y pedía auxilio en voz alta. Gritaba: “Sáquenme de aquí y ayúdenme también a sacar a mis pollitos, porque no sé si están medios vivos o muertos”.

Las personas con prontitud le ayudaron y sacaron al hombre y a sus pollitos hasta la carretera. Cuando le preguntaron qué le había pasado, el dueño de las aves contestó que todo había sido obra del diablo y de su camión de la otra vida.

EL EXTRAÑO HOMBRE

Informante oral: **María Ana Quishpe**

Recopilación: **Ángelo Sánchez**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Noviembre, 2022

Provincia: Pichincha

Yo me llamo Ana María Quishpe y la historia que les contaré ocurrió en un mes de octubre, cuando era jovencita e iba con mi mamá y mi hermana menor de 7 años, a coger catzos a la Quito Sur.

Al llegar a una quebrada que se encontraba por Solanda, se nos apareció un hombre que nos hizo señas para que le siguiéramos. Después, hizo intención de cogerle la mano a mi hermana para llevarla con él. Mi mamá, asustada, le abrazó bien fuerte y con voz enérgica le dijo: “No vamos con usted a ningún lado”.

El hombre se quedó parado, mirándonos detenidamente. Nosotras, apuradas, subimos a una parte que era alta, llena de árboles y ahí cogimos los catzos. Cuando ya acabamos la tarea, que no fue corta, tuvimos que regresar por el mismo lugar donde se nos había aparecido el hombre, pero afortunadamente este no volvió a presentarse.

Al regresar a la casa, mi hermana se puso mal y se enfermó, por lo que al día siguiente mi mamá la llevó al dispensario médico de la Magdalena. Los doctores le mandaron unos jarabes, pero ella no mejoró.

Días después, mi mamá y mi hermana se fueron a Mulalillo, un pueblito por Latacunga, en busca de un curandero. Cuando este la examinó, le dijo a mi madre que su hija estaba enferma por esa presencia que había tenido en la quebrada, que debió ser “El cuco” quien quiso llevársela. Por eso, pasaron allí un mes hasta que se recuperara.

Cuando regresaron a Quito, completaron el tratamiento con otra limpia. Mi hermana se restableció por completo y ahora, quién lo creería, tiene 51 años y goza de muy buena salud.

Después de lo sucedido, jamás volvimos a pasar por esa quebrada de Solanda. Cuando recordamos aquella aparición infernal, todavía nos estremecemos. Menos mal que la enfermedad de mi hermana no fue grave, gracias a que el Señor la protegió.

EL LIBRO DEL ATRIL

Fuente oral: **Anderson Tuva**

Recopilación: **Estanislao Lojano**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Abril, 2015

Provincia: Zamora Chinchipe

Soy un joven que estudió en el cantón El Pangui, provincia de Zamora Chinchipe, en el Oriente. El caso que les voy a narrar me sucedió hace años atrás.

A mi familia y a mí nos invitaron a una fiesta en casa de una amiga de mi abuelita, una indígena shuar. Ya en la fiesta, saludamos a las personas que allí se encontraban y agradecemos a los dueños de la casa por la invitación. Yo, como soy curioso, vi que una habitación tenía la puerta media abierta. Entré sigilosamente. sin que nadie se diera cuenta, y alcancé a ver un libro que estaba sobre un atril. Me acerqué y divisé un signo muy extraño, justo en la pasta del libro. Tuve temor, pero eso no me impidió abrirlo. Al hacerlo, sentí algo extraño y salí corriendo sin cerrar el texto. Después de eso, todo cambió.

La primera noche no pude dormir bien, me sentía raro. En el sueño, se me iba formando la imagen borrosa de alguien. Era un rostro que iba aclarándose poco a poco, hasta que pude verle bien, con nitidez: ¡era el rostro del diablo! Me levanté asustado y le conté a mi abuelita lo que había soñado. Ella se puso a pensar en lo que el sueño podía significar.

La noche siguiente, mientras dormía, empecé a sentir un frío tremendo que me hizo despertar. Abrí los ojos y observé que todo era negro a mi alrededor. En ese momento, sentí cómo el diablo me cargaba entre sus hombros. Como yo me movía de un lado a otro para zafarme, este se enojó y me tiró al piso bruscamente, exclamando: “Longo cabrón, estás muy pesado” y se fue.

Me quedé muy asustado, sin saber qué hacer en ese instante. Después, empecé a llorar y corrí a ver a mi abuelita para contarle lo que me había sucedido. Ella, muy preocupada, organizó un rito bautismal para mí. A las siete de la noche fui a la iglesia, donde el sacerdote me bautizó y desde ahí, nunca más he vuelto a ver al diablo.

APARICIONES

Los relatos, historias y casos del Ecuador presentan una diversidad de personajes que aparecen de la nada.

Unos relatos son asombrosos, como *“La Virgen de las Nieves”* y *“La maldición de la mula”*; otros son tiernos como *“El toro mamón”* o graciosos como *“El cuerpo sin cabeza”*.

Pero también hay narraciones lóbregas de animales, como *“El lobo misterioso”* y algunas espeluznantes, como: *“El fantasma del cuartel de caballería”*, *“El hombre de negro”*, *“Cinco golpes”*, *“La presencia pavorosa”* y *“Extraña visión”*.

No faltan relatos sobre los que ya murieron y deambulan entre los vivos, como: *“La anciana del Hospital general docente de Riobamba”*, *“La dama blanca del Oriente”* y *“El espíritu inocente del colegio Santa Ana”*.

LA VIRGEN DE LAS NIEVES

Fuente oral: **Profesora Alicia Jiménez**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Octubre, 2020

Provincia: Carchi

Después de la conquista de Quito, los españoles se dirigieron hacia el Norte a fin de realizar nuevas fundaciones y tomar posesión de esos territorios.

Al llegar a la localidad habitada por los Tusas, encontraron una numerosa población indígena, trabajadora y laboriosa, dueña de un extenso y fecundo territorio: la llanura del Vínculo, lo que despertó su codicia y por el cual, después de someter a sus pobladores, decidieron tomar posesión y fundar la Reducción de Tusa, como centro de sus actividades económicas y de posesión. Posiblemente, el 5 de agosto del año 1535, coincidiendo con el día de la “Virgen de las Nieves”, que fue consagrada por los españoles a los indígenas como su patrona.

A partir de entonces, los tusas, catequizados por los conquistadores españoles, aprendieron a rendir culto y amar a la Virgen de la Nieves, a quien llamaban cariñosamente su “Madre” y para quien habían construido un chozón como su morada.

En tanto los españoles no dejaban de buscar la forma de despojar de sus tierras a los indígenas y no encontrando otros medios, aprovecharon la obscuridad de la noche para robar a la Virgen y transportarla hasta el Pueblo Menor, dejándola al pie de un árbol de arrayán.

A la mañana siguiente, al no encontrar a la Madre de Dios en su capilla, los indígenas, guiados naturalmente por los conquistadores, emprendieron su búsqueda y al encontrarla con sus sandalias y vestidos cubiertos de lodo, creyeron que llegó allí por sus propios medios. Apenados, la regresaron a su pueblo donde la colmaron de bienes, cantos y oraciones para que ya no saliera. Pero el hecho volvió a repetirse por varias ocasiones y los españoles se valieron de esta situación para persuadir a los indios de que la Virgen de las Nieves no quería vivir en Canchaguano, sino en el lugar a donde había llegado en sus andanzas.

Así es cómo los Tusas abandonaron su pueblo y sus campos y se trasladaron a lo que hoy es la ciudad de San Gabriel, dejando a la ambición española las hermosas tierras de Canchaguano, aptas para la producción agrícola y ganadera.

Ponce, P. Z. (1955). *Monografía del Cantón Montúfar*. Quito, Ecuador: Talleres Gráficos Nacionales.

EL FANTASMA DEL CUARTEL DE CABALLERÍA

Fuente oral: **Profesora Alicia Jiménez**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Octubre, 2020

Provincia: Carchi

Hace muchos años atrás, un cuartel de caballería estuvo acantonado en San Gabriel por algún tiempo. Los vecinos del barrio se habían habituado a sus actividades, especialmente aquellas que tenían relación con su salida a los entrenamientos. Una hora que coincidía con el ingreso de los escolares a sus respectivos planteles.

El mencionado cuartel ocupaba una casa, en lo que hoy es el edificio de la escuela “José Reyes”. La dama que me narró esta historia precisamente habitaba frente a ese lugar y vivió la experiencia que les contaré, en tiempos en que el cuartel ya había abandonado la ciudad.

La señora, por situaciones personales, debía viajar a la ciudad de Ibarra y para ello, había comprado un boleto a las 4 de la mañana en el Montúfar, único bus que realizaba este turno y que salía de su agencia, ubicada en el parque principal, a donde debían trasladarse los pasajeros para dicho viaje.

Para no atrasarse, tuvo la precaución de poner el despertador a las 3 de la mañana y se durmió temprano. Mas el ruido de un tropel de caballos le despertó pronto. Asustada pensó: “Me he dormido, ya salen los soldados en sus caballos”.

De un salto se puso en pie, pero como el ruido era cada vez más fuerte, se dirigió a la puerta de calle y la abrió. No se veía nada, pero se escuchaba más fuerte el tropel. Sacó la cabeza y miró hacia la esquina, lugar de la escandalosa cabalgata. Entonces divisó la figura de un solo jinete, pero era extraño pues seguía oyéndose el sonido de todo un tropel. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Cerró la puerta y regresó en carrera a su dormitorio para meterse en la cama junto a sus hijos. Miró el reloj, marcaba las doce de la noche. En ese preciso instante, recordó que el cuartel ya no estaba en la ciudad. Temblando, se persignó y empezó a rezar.

EL TORO MAMÓN

Fuente oral: **Profesora Alicia Jiménez**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Octubre, 2020

Provincia: Carchi

Hace muchos años, cuando San Gabriel era un pueblito pequeño, de calles tortuosas y casitas de paja, sus pobladores eran gente buena, trabajadora, honrada y solidaria. Como no disponían de servicio eléctrico, al llegar la noche, cerraban las puertas de su vivienda temprano y a la luz de las velas de cebo o lámparas de kerosene, se reunía la familia alrededor de la “*tullpa*” en alegre tertulia, donde se cantaba, se comentaban los sucesos del día y no faltaban los cuentos de aparecidos, duendes y anécdotas, hasta la llegada del sueño.

Como buenos vecinos, se apoyaban en tareas agrícolas, como el mejoramiento de los solares, con las famosas mingas que abrieron las puertas del progreso. Alegres, celebraban sus fiestas donde no faltaban las corridas de toros populares, con ganado prestado por los dueños de las haciendas aledañas. Las autoridades se proveían de aguardiente que era donado y brindado a los asistentes, encendiendo el valor de los jóvenes y aficionados que se lanzaban al ruedo. La banda del pueblo ponía la nota alegre y a veces delirante de quienes, desde las barreras improvisadas, gozaban del espectáculo. No faltaban las colchas con que adornaban el lomo del animal y eran el galardón para los improvisados toreros; tampoco, las empanadas, los hervidos y otros bocadillos, como el ponche y los helados de hielo.

Se cuenta que las mejores corridas se dieron con el ganado prestado por la Familia Fernández Salvador de la hacienda “El Vínculo”, con La vaca “Satírica”, famosa por su bravura. De ella nació un ternero negro, alegre e incansable en su deseo de mamar y por eso se le llamó “Mamón”. Tanto llegó a impresionar a sus dueños el animalito, que le dejaron crecer “suelto” junto a su madre. Conforme crecía, más se alejaba de ella y por las tardes recorría la hacienda, pero sus andanzas lo llevaban hasta San Gabriel que estaba a poca distancia. Desde entonces, todas las tardes al caer el sol, el Toro Mamón se dirigía a San Gabriel y en las noches recorría sus calles, retornando luego a su establo.

Los habitantes de este poblado se habían acostumbrado a su presencia y, es más, se sentían seguros. Pero, ojo, nadie se atrevía a salir de su casa después de la puesta del sol y pobre de aquel borrachito que se lo encontraba en su camino, porque era duramente “trompeado” y tenía material para narrar su aventura después de los días de su curación.

LA ANCIANA DEL HOSPITAL GENERAL DOCENTE DE RIOBAMBA

Fuente oral: **Mónica Heredia**

Recopilación: **Transcripción: Camila Bernal, Jhennyfer Almachi**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Chimborazo

Cuando mi hermana Andrea tenía 15 años, fue operada de una hernia en su ingle, en el Hospital General Docente de Riobamba. La noche después de su operación, mi madre me pidió que me quedara con ella para hacerle compañía y cuidarla.

Mi hermana se encontraba en una habitación, en el ala de mujeres del dispensario. Una institución pública que tenía como infraestructura un edificio viejo y descuidado. Cerca de las doce de la noche, mi hermana me pidió que la acompañara al baño, por lo que la tomé del brazo y la llevé caminando a ese lugar que estaba muy distante del cuarto, justo al fondo del corredor.

Mientras caminábamos, observamos a una anciana de unos 80 años, aproximadamente, que también se dirigía a los baños. Su cabello era blanco como el algodón y tan largo que le llegaba hasta la cintura. Su piel era clara y vestía una larga bata blanca de hospital. Empujaba cuidadosamente el porta sueros.

La anciana volteó la mirada hacia nosotras y nos brindó una sonrisa amable y encantadora e inmediatamente entró al lugar. Pocos minutos después, nosotras llegamos y con sorpresa, observamos que no había nadie en los baños, pues todas las puertas de los servicios higiénicos estaban abiertas. Aquella encantadora viejecilla, en un instante, había desaparecido. Ambas hermanas nos miramos y comentamos que la mujer que habíamos visto no debía ser de este mundo.

LA PRESENCIA PAVOROSA

Fuente oral: **Elizabeth Andrade**

Recopilación: **Abigail Encalada, María Emilia Menéndez**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Guayas

Al sur de la ciudad de Guayaquil, se desencadenaron una serie de sucesos extraños que perturbaron, desde temprana edad, la vida de Elizabeth Andrade, una joven de 16 años en aquella época, quien curiosamente empezó a percibir la presencia de un ente o ser extraño que se había instalado en su casa.

Una noche, mientras dormía en compañía de su perrita, empezó a sentir que alguien arrastraba las cobijas de su cama hacia el piso. Se levantó, salió de su habitación y se dirigió al baño. Al llegar allí, se dio cuenta de que su mascota se le había adelantado y estaba sentada, esperándola, pero la perrita le miraba de modo extraño. Volvió a su habitación y al agacharse para dejar las pantuflas en el suelo, con sorpresa vio que su pequeña estaba plácidamente dormida bajo la cama. Estaba claro que nunca se había movido de ahí y lo que había visto en el baño no era su mascota.

Otra noche, cuando Elizabeth se preparaba para dormir, sintió que se perdía en un remolino de imágenes. Luego vio a un extraño hombre alto que tomaba sus dedos uno a uno. Se quedó paralizada de miedo, sin poder hablar.

El tiempo siguió avanzando y los hechos extraños no se detuvieron: las sillas se caían sin que nadie las tocara y las luces se apagaban y se prendían como arte de magia.

Ya adulta, quedó embarazada de su primer hijo. Cuando este nació, el espectro empezó a hacerse más evidente. Conforme crecía, el niño empezaba a vislumbrar al fantasma bajo la figura de un payaso, siempre a la misma hora: a las doce de la noche.

La familia y amigos de Elizabeth, cuando iban de visita, también comenzaron a sentir esa presencia extraña: cómo las cosas inanimadas se movían de un lugar a otro y el ambiente se tornaba pesado. Algunos inclusive pudieron ver al espíritu, de ahí que las visitas se hicieron menos frecuentes. Quienes se arriesgaban a ir, adoptaban luego un comportamiento extraño.

Actualmente Elizabeth aún ve y percibe aquella presencia. Dice que el fantasma la pellizca, cuando está dormida. Tiene certeza de que el espectro no pertenece a este mundo y como nunca le ha hecho daño ni cree que lo hará, se ha acostumbrado a vivir con él, se ha vuelto parte de su vida y de su casa como un integrante más de la familia.

EL CUERPO SIN CABEZA

Fuente oral: **Gladys Rengifo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Noviembre, 2018

Provincia: Imbabura

Hace muchos años, en Otavalo, en el mes de junio, mi hermana menor preparaba sus exámenes finales con sus compañeras para poder graduarse.

Terminar la secundaria, en lugar de ser una alegría para el grupo de estudiantes de esta promoción, era una tristeza, ya que habían perdido a una compañera de estudios, quien había fallecido trágicamente. Las chicas dejaron todo de lado y permanecieron acompañando a la familia en el funeral.

Irónicamente, el mismo día, en mi casa, se vivía un gran acontecimiento familiar. Estábamos en los preparativos de la boda de mi hermana mayor. Ella se probaba su vestido de novia una y otra vez, hasta que el filo del vestido terminó por mancharse con una leve franja de polvo.

El traje debía viajar con la novia al siguiente día hacia Quito, donde se celebraría la boda, por lo que fue una buena idea lavar el filo del vestido sin sus recubrimientos interiores. Al quedar la leve tela expuesta, debía secarse muy rápido, pensaba mi mamá, quien había dejado abierta la ventana y la puerta del baño para que entrara el aire de la noche y así, la tela se secara pronto. El vestido quedó colgado de un armador en el tubo de la ducha. Era una gasa de nube en el viento, de seguro estaría seco en la mañana.

Ya entrada la madrugada, mi hermana menor que había regresado del velorio, pensativa y triste, decidió entrar al baño para luego ir a dormir. ¡Qué gran susto se llevó, al mirar un cuerpo sin cabeza que volaba en la mitad del baño! El grito fue ensordecedor y despertó a toda la casa. Había visto a un fantasma y ya lista para el desmayo, alcanzó a escuchar que alguien decía: “Es el vestido de novia, es el vestido de novia...”

LA DAMA BLANCA DEL ORIENTE

Fuente oral: **Miguel Chamba**

Recopilación: **Jefferson Pinza**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Noviembre, 2022

Provincia: Orellana

Entre tantas historias contadas en mi pueblo, he decidido sacar a luz este pequeño relato mítico, contado por mi abuelito, un hombre de edad avanzada pero con mucho carisma, oriundo de la provincia de Loja, quien desde muy joven se apasionó por la aventura y el misterio.

Su pasión lo llevó a descubrir lugares asombrosos y únicos y a contar historias increíbles y mágicas que se volvían reales cuando las palabras salían de su boca.

Llegó a un humilde pueblo en las afueras del Coca, en la parroquia el Dorado, con la migración interna ocurrida en los años 80, época en la que el Ecuador estaba atravesando una dura crisis política. Este pequeño punto geográfico se convertiría en su hogar hasta el día de hoy.

Este pequeño poblado da la impresión de estar congelado en el tiempo, con sus casas antiguas, sus calles aún compuestas de adoquines y puestas de sol que pintan sus murales. Un mágico lugar donde se cuenta una de las historias más fascinantes.

Cerca del año de 1980, cuando la parroquia se encontraba en pleno crecimiento, empezaron a surgir varias dudas sobre dónde debía construirse el cementerio general. Todos opinaban que debía ser lo más cerca del pueblo, mientras otros sugerían que debía asentarse lo más alejado posible del poblado.

Al no llegar a un acuerdo, se decidió crear un cementerio temporal y así se hizo. Con los años, el camposanto fue trasladado a un nuevo lugar. En el sitio antiguo, se construyó la planta de tratamiento de agua potable.

Con el paso del tiempo, los moradores de El Dorado empezaron a contar una inquietante historia, que hasta ahora los mantiene alertas.

Se cuenta que cerca de las tres de la mañana, el alma de un niño llora en el punto más lejano del pueblo, sollozo tan estremecedor que hace que nadie se atreva a salir de sus casas. Pasado el llanto, una densa niebla cae sobre el poblado y entre la bruma aparece una misteriosa mujer vestida de blanco, con una larga cabellera que oculta su rostro. Deambula por el lugar entre la neblina que cubre sus pies, dando la imagen de un ser que flota en el aire.

Con el paso de los años, esta historia se ha convertido en una leyenda que es parte misma de la vida del pueblo.

EL HOMBRE DE NEGRO

Recopilación: **Jefferson Pinza**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Noviembre, 2022

Provincia: Orellana

Una tarde de verano, cuando el sol pintaba el cielo de colores, un grupo de tres amigos: Kevin, Jairo y Jefferson, recostados sobre el césped del parque, decidieron averiguar si la historia contada por el abuelito de Jefferson era cierta, si era verdad que una mujer vestida de blanco con una cabellera larga que ocultaba su rostro deambulaba por la zona.

A las nueve de la noche, se reunieron en la última calle del pueblo, llevando linternas en la mano, acompañados de sus fieles perros que les daban valor. Estaban seguros de que serían los primeros en desentrañar el aterrador misterio.

Ingresaron lentamente por el sendero, rumbo a la planta de tratamiento de agua, pero la noche no les favorecía en absoluto, pues un manto oscuro cubría cada paso que daban. Lo único que les daba valor eran los faros de luz que marcaban el camino y el ladrido de sus fieles mascotas.

Cuando cruzaron cerca de la malla de ingreso a las instalaciones, las luces de los faros comenzaron a parpadear, como si les avisaran de un inminente peligro, pero en ese momento ninguno de ellos se preocupó.

Pasado algún tiempo y al no ocurrir nada interesante, cada uno decidió ir por lugares diferentes. Kevin se fue a la izquierda, Jairo a la derecha y Jefferson se quedó cerca del faro.

De un momento a otro, todo comenzó a cambiar, el ambiente se volvió pesado y Jefferson tuvo problemas para respirar. Sintió como si alguien lo estaba observando, con una mirada que le atravesaba el alma. Al mismo tiempo, escuchó que alguien le llamaba desde el fondo de la quebrada. Después, vio a lo lejos cómo una figura vestida de negro se le aproximaba, lentamente. Fue entonces que empezó a gritar pidiendo auxilio.

Como nadie acudía en su ayuda, se armó de valor y fue en busca de Jairo. Cuando lo encontró, este le dijo que también había visto a un hombre vestido de negro que caminaba alrededor del faro, era grande y entre la oscuridad lo saludó.

Ambos amigos fueron por Kevin y le contaron lo que les había sucedido, pero este no les creyó. En ese instante, los faros empezaron nuevamente a parpadear y los perros empezaron a ladrar con más fuerza, como si alguien estuviera cerca de ellos.

El pánico se apoderó de los tres jóvenes que soltaron lo que tenían en sus manos y salieron corriendo despavoridos, mientras la niebla comenzaba a extenderse sobre el lugar.

Cuando cruzaron la cerca, Jairo miró hacia atrás y al hacerlo, observó, no a la mujer vestida de blanco a quien habían ido a buscar, sino a un enorme hombre vestido de negro, con unos ojos que brillaban entre la sombra.

CINCO GOLPES

Fuente oral: **Helena Olmedo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Agosto, 2019

Provincia: Pichincha

Lo que más recuerdo de mi niñez son las vacaciones en la finca de mis abuelitos, en la parroquia de Tumbaco.

En la casa toda la familia era bienvenida, en cualquier momento del año y, más aún, en las vacaciones escolares. Allí íbamos mis hermanas y yo a reunirnos con nuestros abuelitos, tíos y primos. Entre todos, de distintas edades, éramos muchos y eso era lo maravilloso: vivir en familia, estar juntos y unidos.

Recuerdo la noche en que ocurrió lo impensado y tenebroso. La casa estaba iluminada por lámparas petromax y mis abuelitos y tíos no estaban en casa, pues se habían ido a un velorio y estábamos a cargo de los primos mayores. Las niñas dormíamos en una habitación y los niños, en otra.

Mis primas, mis hermanas y yo, metidas bajo las sábanas y cobijadas por unas cálidas frazadas, conversábamos de todo lo que se nos venía a la cabeza. Cuando de pronto, empezamos a escuchar golpes en la puerta verde de nuestro cuarto: **tun, tun, tun, tun, tun**. Eran cinco golpes fuertes. Todas nos quedamos paralizadas de miedo, aunque al principio pensamos que quien golpeaba la puerta era nuestro primo Bolívar, pues a él siempre le gustaba asustarnos. Pero no pasó ni un minuto, cuando volvimos a escuchar otros cinco golpes, pero esta vez eran más fuertes: **tun, tun, tun, tun, tun**. Entonces tuvimos la certeza que, quien golpeaba de esa manera, no era nuestro primo.

Un silencio sepulcral reinó en el ambiente. Como resortes nos levantamos, abrimos la ventana y saltamos al dormitorio de nuestra tía Carmelina que estaba junto al nuestro. Allí nos refugiamos y dormimos toda la noche, sin siquiera mencionar lo que habíamos oído.

Al siguiente día, nos avisaron que había fallecido un familiar. Posiblemente, quien había muerto había venido a recoger los pasos.

EL ESPÍRITU INOCENTE DEL COLEGIO SANTA ANA

Fuente oral: **Francisco Endara**

Recopilación: **Sofía Cueva, Soledad Suárez**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Pichincha

En el colegio Santa Ana, ubicado en la ciudad de Sangolquí, en la provincia de Pichincha, habita el espíritu de una niña con un alma noble. El licenciado de Música, Francisco Endara, de 44 años, nos cuenta su experiencia:

“Una noche estábamos en la institución, junto a los integrantes del club de la banda rítmica para trabajar en la creación de temas musicales. De pronto, escuchamos un golpe suave en la puerta. Esto nos sorprendió, porque no había nadie más en el colegio a esa hora. Sin hablarlo, todos supimos quién era, se trataba del alma de la niña de la que todos hablaban. Nos quedamos por un momento sin saber qué hacer, pero como el miedo era más fuerte, antes de que la pequeña golpeará otra vez, salimos disparados del lugar”.

Antes de construir el colegio, había un molino de agua en el que la niña cayó y falleció. Desde aquel día, su alma está presente en la institución. No es un alma mala, al contrario, es buena y traviesa, y a veces juega con los chicos. La gente del colegio está acostumbrada a convivir con ella.

EL LOBO MISTERIOSO

Informante oral: **Myriam Tipán**

Recopilación: **Marco Guamán**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Noviembre 2022

Provincia: Pichincha

Esta historia me ocurrió cuando vivía en Rumiloma, a la edad de 9 años y fui con mi hermana de 11 a traer agua del barranco que había cerca de mi casa, porque en mi sector no había agua potable.

Ingresamos al bosque, llegamos a la quebrada y cuando salíamos de esta con el agua, escuchamos el llanto de un bebé que lloraba, lloraba y lloraba. Pensamos que alguien lo había abandonado en aquel lugar, así que empezamos a buscar al niño siguiendo su llanto.

De pronto, en un instante, dejamos de escuchar los sollozos de la criatura y mientras la buscábamos, apareció algo que nos dejó petrificadas. ¡Era un lobo, cuyos ojos de color blanco se tornaban rojos! ¡Un lobo que flotaba en el bosque frente a nosotras! Ya no escuchábamos gemidos de bebé, sino gruñidos que venían del animal y que se convertían poco a poco en risas burlescas. En cuestión de segundos, ante nuestra mirada atónita, el lobo desapareció. Nos quedamos en shock.

A lo lejos, escuchamos a una persona que gritaba nuestros nombres, era la voz de nuestra hermana mayor. Nos llamaba con desesperación, pues había estado preocupada por nuestra tardanza. Nosotras, como estábamos tan asustadas, no podíamos responder.

Pasaron minutos hasta que ella nos encontró. Nos tomó de las manos y nos llevó de vuelta a la casa, sin saber por qué estábamos tan aterrorizadas.

EXTRAÑA VISIÓN

Informante oral: **Francisca Shingón**

Recopilación: **Dilan De la Cruz**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Noviembre, 2022

Provincia: Puyo

Quiero contarles algo que sucedió hace 38 años en la ciudad del Puyo, cuando vivía en el centro de la ciudad.

Esa noche estaba recostada en la cama junto a mis 2 pequeños hijos, esperando a que mi esposo llegara a casa. Cada cierto tiempo alzaba la cabeza y miraba en dirección a la puerta principal para ver si esta se abría, pero nada, todavía mi marido se demoraba y yo sin poder dormir. Habían dado las doce de la noche.

Pasaron unos minutos, cuando escuché el sonido ronco de una puerta que se abría. Por instinto, levanté la cabeza y de reojo pude ver la silueta de un hombre que se escondía entre la oscuridad. ¡Quedé horrorizada!, no era mi esposo quien había abierto la puerta principal de la casa. Me incorporé totalmente y logré verlo con claridad. Su rostro era de color rojo y estaba tan arrugado como una pasa. Sus manos eran grandes como las de un gorila y sus uñas largas como las de una garza.

El espectro se agarraba de la puerta y la rasguñaba con fuerza, como si quisiera destruirla. Un aire frío recorrió todo mi cuerpo y me paralicé por completo. La visión duró apenas unos segundos, aunque a mí me pareció una eternidad.

Cuando la silueta desapareció, me armé de valor, salí del cuarto y de la casa para pedir ayuda a los vecinos. Les conté lo sucedido, pero ellos me dijeron que debía tranquilizarme porque no vieron a nadie entrar a mi casa.

Todavía asustada, regresé con mis hijos y agradecí a Dios por darme una segunda oportunidad, porque nada malo me había ocurrido.

LA MALDICIÓN DE LA MULA

Informante oral: Patricia Tamayo

Recopilación: Jhael Lovato, Margarita Tinajero

Recopilación: Dorys Rueda

Marzo, 2018

Provincia: Tungurahua

La historia que voy a relatarles me la contó mi abuelito y ocurrió en Patate, un pequeño pueblo de la provincia de Tungurahua, donde él solía vivir, en una época en que la luz era escasa y las familias solían reunirse en la noche para contar historias tenebrosas.

En ese tiempo, los hombres tenían miedo de salir a las calles en las noches de luna llena, para no encontrarse con una mula arrebatada que, a las doce de la noche, trotaba por todo el poblado. A quienes encontraba a su paso, especialmente a los borrachos que se quedaban dormidos en las calles, les pateaba hasta dejarlos moribundos. Pateaba también las puertas de las casas y frente a ellas, relinchaba con desesperación. La gente, con mucho miedo, cerraba con seguro las puertas y las ventanas.

Cansados de esta situación, los jóvenes del pueblo se reunieron y decidieron darle cacería al animal infernal. En la primera luna llena, hicieron un buen grupo y lograron capturar a la mula. La amarraron con fuerza, pero como esta seguía dando pelea, resolvieron dejarla atada hasta que amaneciera.

Cuando los rayos del sol empezaron a asomarse por las montañas, el aspecto de la mula empezó a cambiar, transformándose lentamente en una mujer. Entonces, la reconocieron: era la amante del cura del pueblo. Una humilde cocinera que por pecar había sido castigada con una maldición: cada luna llena se transformaría en una mula.

EL DUENDE

Es una presencia fantástica muy conocida en los relatos orales de las distintas provincias del país.

Es un ser pequeño que lleva un gran sombrero de paja toquilla o una gorra grande. Algunos dicen que tiene ojos azules y piel blanca; otros, que sus ojos son oscuros y penetrantes. Ofrece comida, pero en realidad lo que brinda es excremento de vaca.

Aparece, a veces, tras el disfraz de un payaso o de un hombre pequeño que gusta de la música. Puede, en ocasiones, presentarse como un hombre belicoso que golpea a los arrieros comerciantes que viajan al Oriente y a los borrachos a quienes detesta con todo su ser. También, por momentos, se muestra solapado y desde su escondite, los árboles de aguacate, atrae a los niños para luego enfermarlos.

EL DUENDE DE SAN VICENTE DE CHITACASPI

Fuente oral: **Clara Isabel García Ruano**

Recopilación: **Émily García, Josselyn Rivera, Félix Andueza**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Carchi

Hace mucho tiempo, en San Vicente de Chitacaspi, que antes era un barrio que pertenecía a San Isidro, en la provincia del Carchi, existía un puente que estaba sobre una acequia, en donde la gente recolectaba agua.

A mis 7 años, iba caminando junto a mi hermana menor, Juanita, para recoger agua. Ambas teníamos que pasar sobre ese puente, que era un poco peligroso. Mi hermana cruzó sin problemas, pero yo estuve a punto de caerme. Mis vecinos, Adán Chávez y Lauro Montalvo, lograron salvarme al tomarme de los pies. Si hubiese caído, el agua y las rocas habrían acabado con mi vida.

A partir de este accidente, el duende empezó a aparecerse ante mí todas las noches. Era un hombre pequeño, con un sombrero grande de paja toquilla. Tenía ojos azules y piel blanca, se reía de todo y me llamaba por mi nombre. Además, me decía que iba a darme pan y naranjas, pero el pan era excremento de vaca y las naranjas eran frutos de una planta venenosa llamada “payaca”.

Como me buscaba a diario, yo empecé a seguirlo. Desesperada mi madre me decía que nada bueno podía ocurrirme si decidía irme con él.

Casi no podía dormir, por lo que mi mamá fue a hablar con el cura del pueblo. Este le dijo que posiblemente el duende se había enamorado de mí y por eso me quería llevar con él. El párroco dijo que la solución era que hiciera la Primera Comunión. Efectivamente, cuando la hice, nunca más volví a ver al duende.

LOS DUENDES DE OTAVALO

Fuente Oral: **María Angelita Rodríguez Hidalgo**, Otavalo 1996

Amparito Benítez, Otavalo 2015

Recopilación: **Dorys Rueda**

Provincia: Imbabura

Las leyendas son parte de la tradición oral de un pueblo, donde la fantasía se une con las creencias populares. Son historias que han pasado de generación en generación, como los cuentos y relatos sobre los duendes que, por lo general, son similares.

En algunas leyendas son considerados espíritus traviesos y pícaros, pero buenos e incapaces de hacer daño. En otros relatos adoptan figuras desagradables, son perversos y disfrutan haciendo maldades. Prefieren a las mujeres y a los niños, a quienes martirizan a través de pesadillas y enfermedades.

En la ciudad de Otavalo, según doña María Angelita Rodríguez Hidalgo, los duendes eran domésticos, vivían en las quebradas cerca de las zonas habitadas por los otavaleños. Eran pequeñitos de estatura, tenían cuerpo abultado y vestían poncho, calzón y alpargatas. Llevaban un ancho sombrero de paja, a manera de sombrilla. Así es cómo los veían las personas que pasaban por las quebradas, después de las seis de la tarde. Hora en que decidían hacerse visibles a la gente.

A los duendes no les gustaba pasar desapercibidos, manifiesta doña María Angelita. Cuando una familia les atraía, se instalaban en su casa para hacer travesuras, esconder objetos o cambiar de lugar las cosas. Disfrutaban grandemente de sus fechorías y si estaban a gusto en ese hogar, se quedaban por siempre; si las familias se cambiaban de ciudad, los duendes también se mudaban. Las personas que querían deshacerse de estos seres tenían que librarse de su centro de atención, de aquello que les cautivaba, fuera un objeto, un adorno o un alimento de la casa.

No tenían aficiones amorosas, acota doña María Angelita, pero les llamaba la atención las niñas de cabello largo y negro, de ojos grandes, a las que raptaban y llevaban a su escondite. También, les gustaba ir a las casas donde vivían niños que no habían sido bautizados.

Se aparecían a plena luz del día, cuando alguien ofendía la moral pública. Se mostraban, entonces, muy enojados y empezaban a tirar piedras a los enamorados que iban a las quebradas a retozar. No, para causarles daño, sino para asustarles y obligarles a cambiar su comportamiento. Sin duda, dice doña María Angelita, eran los mejores policías municipales de aquellos tiempos.

Con una sonrisa amplia recuerda que las madres otavaleñas de su tiempo mencionaban al duende, cuando sus hijos se negaban a obedecer. Con mucho convencimiento decían: "Si no haces esto o aquello, vendrá el duende y seguro te llevará con él".

Amparito Benítez, una otavaleña que quiere mucho a su tierra, también recuerda al duende. Cuando estudiaba en la escuela Gabriela Mistral, algunas niñas aseguraban haber visto al mismísimo duende en el terreno entre la quebrada y la escuela.

Ciertas profesoras que perseguían a las alumnas para que ingresaran a las aulas les decían: “Niñas, el duende siempre se presenta a quienes no entran a clase y no hacen los deberes”.

EL DUENDE DE LA FÁBRICA LA JOYA

Dorys Rueda

Mayo, 1998

Provincia: Imbabura

De mi infancia recuerdo las caminatas que teníamos con mis hermanos, primos y amigos a la quinta “El Rosario”, de propiedad de mi padre, el señor Ángel Rueda Encalada, en el barrio “La Joya”. Una caminata que nos parecía larga en ese tiempo, por eso salíamos del barrio “Central”, con comida y bebida para el camino. Mientras caminábamos, jugábamos y al llegar, nunca faltaba la conversación de siempre: las apariciones del duende en la antigua fábrica “La Joya”, que estaba deshabitada desde hace muchos años y se encontraba relativamente cerca de la finca a donde íbamos.

La gente decía que el duende era un ser pequeño, con sombrero grande de paja y una espesa barba que le colgaba hasta las rodillas. Salía de la fábrica, a partir de las 6 de la tarde, y se sentía atraído por los niños que andaban en los terrenos y caminos solitarios del barrio. Los engañaba con dulces y juguetes y cuando los capturaba, los llevaba a la fábrica y nunca nadie más volvía a verlos. Si algún niño se resistía a las golosinas y juguetes que le ofrecía el duende, este se lo llevaba a la fuerza aunque llorara o gritara pidiendo auxilio.

De hecho, cuando llegábamos al barrio “La Joya”, permanecíamos unidos, jugando en la finca o en sus alrededores, sobre todo en un riachuelo que estaba cerca y que no era peligroso. Regresábamos al barrio “Central” temprano, siempre antes de las 6 de la tarde.

EL DUENDE DE IBARRA

Fuente Oral: **Carlos Meneses**

Recopilación: **Miguel Ángel Rueda**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Febrero, 2013

Provincia: Imbabura

Esta historia, que ocurrió en 1932, me la contó don Carlos Meneses. Sucedió una noche de verano en que se había reunido con cinco amigos que vivían relativamente cerca, en el barrio Santo Domingo de la ciudad de Ibarra.

Esa noche, al calor de la conversación, de las bromas y de un par de canciones entonadas por todos los jóvenes, se produjo un extraño silencio. Nadie comprendía qué pasaba, solo se escuchaba la respiración de todos, mientras un can aullaba lastimeramente en la calle contigua. Se miraron con asombro y decidieron que era el momento para contar historias de miedo. En efecto, el gran amigo de Carlos, Luis Chávez, empezó a relatar:

Dos meses atrás, él y su hermano Jaime quisieron gastar una broma a la señorita Carmita, la modista de la Sánchez. Para ello, se fueron un sábado a su taller con el pretexto de que les confeccionara un pantalón. Ella les atendió gustosa, entonces los muchachos le contaron la última noticia que dizque corría por la ciudad, que un duende andaba fastidiando a las mujeres solteras. Noticia que le dieron a la vecina Carmita, con el mayor de los respetos.

La vecina abrió los ojos de la sorpresa y empezó a temblarle el mentón. Los jóvenes notaron que la mujer experimentaba terror. Entonces, continuaron con la broma. Le dijeron que el mentado duende solía aparecerse a las 9 de la noche, vestido como payaso.

Al ver que la vecina Carmita estaba a punto de llorar, le dijeron que iban a convertirse en sus guardias desde esa noche y que cuidarían no solo su casa, sino todas las de la cuadra. Pero le aconsejaron que no abriera la puerta por nada del mundo, a no ser que fueran ellos, para avisarle si el duende payaso estaba por los alrededores. Doña Carmita accedió en el acto.

Después de la visita, el mismo sábado en la noche, los hermanos prepararon el disfraz de payaso para Jaime, que iba a personificar al duende. Ensayaron el hablado chillón que suponían tenía ese ser y, sobre todo, cómo debía caminar. Todo estuvo listo para el siguiente día.

A la mañana del domingo, la señorita Carmita se fue a misa de 7 a la iglesia "La Merced". Los hermanos vieron cómo regresaba a su casa y se encerraba con doble llave. Al caer la tarde, Luis ayudó a su hermano a disfrazarse de payaso, sin que sus padres ni su hermana sospecharan nada.

Salieron los jóvenes a la modistería, cinco minutos antes de las 9 de la noche y mientras Luis se escondía, Jaime, vestido de duende payaso, golpeaba la puerta de la casa de Carmita varias veces. Al no recibir respuesta, implementó el plan B: gritó a todo pulmón que era el hermano Chávez. Sin embargo, la puerta no se abrió y el silencio se tornó cada vez más profundo.

Esperó 15 minutos, 20 minutos, pero la situación era la misma. Al cabo de 30 minutos, el duende payaso estaba ya desilusionado. Se quitó el disfraz y su hermano Luis salió de su escondite. Entonces, se abrió lentamente la puerta con un sonido tenebroso y apareció la modista, temblando de pies a cabeza. De su boca le salía un hilo de espuma blanquecina. Dio dos pasos y extendiendo los brazos dijo: Jo-ven-ci-tos, el duen-de ya se les a-de-lan-tó. Dicho esto, Carmita cayó de bruces y los jóvenes, sin saber qué hacer, salieron despavoridos de la casa.

El lunes en la mañana, su madre les contó que el barrio estaba alborotado, porque la señorita Carmita estaba medio loca, pues en la noche del domingo, a eso de las 9, había visto a un duende vestido de payaso.

Según me contó don Carlos, cuando Luis finalizó el relato, todos guardaron un silencio sepulcral y automáticamente se pusieron de pie. Luego, a toda carrera se fueron para sus casas. El susto les duró una semana y durante meses no volvieron a ver a Luis.

EL DUENDE DE TUMBACO

Fuente oral: **María del Carmen Sánchez**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Agosto, 2019

Provincia: Pichincha

Salvador Yáñez, hermano político de mi abuelita Angelita Hidalgo, era un arriero comerciante que a mediados del siglo XX viajaba todo el tiempo al Oriente, a los lavaderos de oro de Archidona para adquirir oro y luego entregarlo en el Banco Central. Ese oro le venía muy bien a Salvador, servía para comprar tierras en varios sitios de Tumbaco y halagar a su esposa Rosita Hidalgo, a quien su joyero le diseñaba prendas de oro.

La historia del duende lo escuché del propio Salvador. Cuando este vadeaba el río Misahuallí con las mulas y el oro, el duende lo saltaba por detrás de la espalda. Él veía su sombra pero no podía regresar a verle ni hacer nada, pues hubiese sido mortal. Le perseguía posiblemente por el oro que transportaba.

Pero nadie quita que a Salvador le encantaba la bebida, de ahí que el duende aprovechaba su estado de embriaguez para golpearlo cuantas veces quería.

Lo del duende no es una simple historia. Hoy, en pleno siglo XXI, en uno de los terrenos que fue de Salvador, a eso de las once de la noche, el duende les hizo correr a dos jóvenes que esa noche estaban jugando “nintendo”. Me consta, porque uno de esos chicos era mi hijo.

SALVADOR YÁÑEZ Y EL DUENDE

Fuente oral: **Mónica Narváez**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Agosto, 2019

Provincia: Pichincha

Siempre recordaré la historia que un día me contó mi abuelita Angelita Hidalgo, sobre su cuñado Salvador Yáñez, esposo de su hermana Rosita Hidalgo.

Salvador era un arriero comerciante que compraba oro en el Oriente. Con las ganancias que tenía, su familia podía tener una situación holgada. Vivía frente a la quinta Aldana, donde actualmente funcionan los Almacenes Santa María en Tumbaco.

Cada vez que regresaba de viaje, se embriagaba y llegaba a su casa golpeado. Decía que el duende lo había molido a golpes.

Un día mi abuelita Angelita caminaba con su esposo, don Julio Rodríguez, cuando se encontraron con Salvador, justo en el semáforo de los Almacenes Santa María. Le preguntaron qué hacía allí. Él les respondió que no podía pasar, porque el duende le estaba esperando para golpearlo.

Mis dos abuelitos le pusieron en medio de ambos y empezaron a caminar. Al llegar a la tapia que dividía la calle y la quinta Aldana, una fuerza extraña levantó a Salvador por los aires y le botó por sobre el tapial de Aldana. Luego, esa misma fuerza extraña lo levantó por los aires y le lanzó nuevamente a la calle. Así, varias veces: de la calle a la propiedad y de la propiedad a la calle.

Mi abuelita le dijo: “Compadre, pégueme con la izquierda”. Salvador sacó su mano izquierda y pegó con fuerza al aire. Solo así se liberó del duende.

Mis abuelitos ayudaron a Salvador y le llevaron a su casa, frente a la quinta Aldana. Estaba muy maltrecho y desde ese día, el hombre dejó la bebida.

EL DUENDE DE CUMBAYA

Fuente Oral: **Adriana Buendía**

Recopilación: **Francisco Ramírez, Martín Novasco, Alejandro Palma**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Pichincha

Vivo en una casa antigua de estilo tradicional, en la Hacienda Rojas, que está ubicada en Cumbayá. Fue construida hace ochenta años por mi abuelo José Buendía.

Recuerdo claramente algo que me sucedió, cuando tan solo era una niña.

En los alrededores de nuestra hacienda, en ese entonces, solo había un bosque de eucaliptos. A quince minutos a pie se encontraba el pueblo. Mi abuelo nos contó que la gente del poblado estaba alerta ante la presencia maligna de un ser sobrenatural que rondaba por el sector. Se trataba de una criatura pequeña, con un sombrero que le doblaba la estatura.

Una tarde, mi abuelo y mi madre se fueron al pueblo en busca de víveres y me quedé sola en la casa.

Mientras ellos permanecían afuera, fui a mi habitación a entretenerme con mis juguetes. En ese momento empezó a llover y en poco tiempo cayó una fuerte tormenta. Entonces, me dirigí a la ventana para cerrar las cortinas, ya que los truenos me daban mucho miedo.

Tras la ventana observé que las ramas del árbol que daban justo a mi cuarto se movían bruscamente y fue en ese instante en que vi al duende. Este, desde aquel árbol, me miraba con sus ojos oscuros y penetrantes. Su sonrisa era diabólica, sus pies y manos eran semejantes a las de un reptil, su estatura no pasaba de los ochenta centímetros y tenía un tétrico sombrero grande. Me quedé paralizada, muerta de miedo.

Un frío intenso recorrió mi cuerpo, al ver cómo esa criatura se acercaba rápidamente a la entrada principal de la casa para entrar. Sin pensar dos veces, bajé las escaleras para cerrar la puerta con llave. Justo antes de hacerlo, sucedió lo peor: la puerta se abrió. Me tiré al suelo y empecé a llorar, esperando que el duende apareciera y me llevara con él. Para mi alivio no era el duende el que estaba en la entrada, sino mi abuelo y mi madre que habían regresado a casa.

EL DUENDE GUARDIÁN

Fuente Oral: **Nelson Hugo Del Valle Díaz**

Recopilación: **David Del Valle, Dayana Vega**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Pichincha

Hace muchísimos años, en Sangolquí, todos hablaban de que en las noches se aparecía el duende, un ser horrendo, pequeñito y con un gran sombrero de paja, a quien le gustaba mucho molestar a las personas, sobre todo, a los niños que habitaban en las fincas y caseríos. Les invitaba a jugar con él en medio de los potreros hasta altas horas de la noche y cuando los chicos volvían a casa, estaban rasguñados, sucios, enfermos y con una fiebre que no les pasaba por días.

De niño, a mí me gustaba jugar con otros amigos en los grandes terrenos, donde había plantas, árboles y pastos naturales, especialmente en uno en el que había un árbol frondoso de aguacate serrano, que era pequeñito. Hasta ahora lo recuerdo.

Por el asunto del duende, pasadas las seis de la tarde, ya debíamos terminar los juegos y regresar a nuestras casas. Pero a veces nos quedábamos hasta más tarde y jugábamos, aunque con un poco de miedo, porque la gente decía que el duende vivía entre los árboles de aguacate. Esa era su guarida y como su guardián, esperaba a los niños traviesos para invitarlos a jugar y luego enfermarlos.

EL DUENDE DE LA CASCADA

Informante oral: **Kathya Fierro**

Recopilación: **Danilo Fierro**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Noviembre, 2022

Provincia: Napo

La historia que les contaré nos sucedió hace muchos años, cuando fuimos con nuestros papás de paseo al Oriente, justo en la parroquia de Papallacta, provincia del Napo, cuando nos detuvimos en una caída de agua que se llamaba “La Cascada del Duende”, que no sé si aún existe.

Cuando llegamos a la cascada, bajamos para tomarnos fotos en medio de la neblina que caía por el lugar. A pesar del clima, el torrente de agua se veía bonito, por esta razón, decidimos quedarnos ahí un rato.

Mi madre, como estudiaba en ese tiempo diseño de eventos, se aficionó de una piedra que encontró junto a la cascada y le pareció fantástica para un arreglo floral. Tomó la piedra y se la llevó al vehículo. Alguien que estaba por allí le advirtió que no debía tomarla, porque era un objeto de la naturaleza y que debía pedir permiso a esa naturaleza, pero ella no le hizo caso.

Una vez que mi madre dejó la piedra en la camioneta, todos empezamos a tomar fotos del lugar. De pronto, alguien pasó junto a nosotros. Era un hombre pequeñito que llevaba una mochila cargada. Le saludamos, pero no volteó a vernos ni tampoco nos respondió. Cuando nos subíamos al carro, lo vimos otra vez. En esta ocasión, el hombrecito cruzaba la vía.

Como la neblina era densa, no veíamos bien el camino. Pensamos que, si ese hombre pequeño cruzaba la vía, al otro lado debía haber terreno, tierra o piso. Pero cuando nos fijamos bien, vimos que se trataba de un precipicio. ¡El hombrecito había desaparecido por allí, misteriosamente! Alguien dijo: “Creo que hemos visto al dueño de la cascada, al mismo duende, a su guardián”.

A la mañana siguiente de nuestro retorno a Quito, nuestra abuelita nos contó que en la noche habían sucedido acontecimientos extraños en la casa, justo por el lado donde estaba la camioneta, en el sitio en que mi madre había dejado la piedra de la cascada. Los perros habían ladrado todo el tiempo en dirección al vehículo, las puertas del carro habían sonado mucho y había caído granizo solo en ese lugar.

Fuimos a inspeccionar la camioneta y, en efecto, observamos que había caído granizo en una esquinita de la camioneta. Mi madre, en cambio, se dedicó a buscar la piedra pero no la encontró, esta había desaparecido por arte de magia. En ese momento,

asumimos que el duende había venido a llevarse su piedra, a retornarla a donde pertenecía, a su cascada.

EL DUENDE Y LA GUITARRA

Informante oral: **Darío Palacio**
Recopilación: **Rockson Gualinga**
Transcripción: **Dorys Rueda**
Noviembre, 2022

Provincia: Puyo

Mi nombre es Darío Palacios. Voy a contarles una historia que nos solía relatar mi abuelito. Sucedió hace muchos años atrás, cuando no había luz ni televisión en el pueblo y la gente se dedicaba a la ganadería, agricultura y deporte.

Mi abuelito vivía en su finca que estaba alejada de la ciudad, a unos 40 minutos del pueblo. Cerca de su casa había una hacienda donde vivía un vecino que le gustaba mucho tocar la guitarra todas las tardes, al punto que el sonido del instrumento se escuchaba por todo lado, de finca en finca.

Un día mis abuelitos vieron cómo un ser pequeño que llevaba una gorra grande se acercaba al vecino que tocaba la guitarra para darle otra, convenciéndole de que con el instrumento que él le daba podía tocar mejor las melodías.

Después de este encuentro, nadie volvió a ver al vecino. Este desapareció y nadie sabía dónde estaba. Así, pasó un día y una noche, hasta que el propietario de un campo cercano que estaba por el sector le avisó a mi abuelito que él y tres amigos lo habían encontrado en una cueva y el responsable de todo era nada más y nada menos que el duende, un ser que rondaba en ese entonces por la zona.

Lo hallaron inconsciente y herido, lleno de pelos y piel de conejo y gallina, por lo que le llevaron a la casa para curar sus heridas.

Lo que ocurrió después fue más grave: las personas dejaron de tocar la guitarra, al menos en el pueblito donde vivía mi abuelito, en Murialdo para dentro.

Tiempo después falleció mi abuelito.

¿Qué pasó con el vecino? Este no volvió a salir de su casa por mucho tiempo...

Así termina la historia del hombre que tocaba la guitarra y un día desapareció, porque el duende se lo llevó con él. Una historia que todavía se cuenta en el pueblito de Murialdo Fátima. La gente además dice que el duende sigue apareciéndose a las personas que tocan la guitarra, en especial a los borrachitos.

A mí también me gusta la guitarra y un fin de año fuimos a la finca de mis abuelitos. Allí toqué el instrumento con mucha alegría y cuando dejé de hacerlo, puse la guitarra en el pasillo de la casa. Cuando ya quemábamos el año viejo, escuchamos que alguien tocaba la guitarra y al oír con atención, me percaté que esas rasgadas venían de mi instrumento musical, el que había dejado en el pasillo. Sin perder tiempo, fui a buscar la guitarra y al acercarme al sitio, vi cómo una sombra pequeña pasaba frente a mí.

MUJERES SOMBRÍAS

Las figuras femeninas que aparecen en los relatos de las diferentes provincias del país son asombrosas, escalofrantes y diabólicas.

Algunas son de este mundo: embusteras que se hacen pasar por fantasmas para intimidar y robar a la gente, como sucede en *“La pánfila”*.

Igualmente, hay mujeres que pertenecen al otro lado del mundo. Surgen entre la penumbra, van vestidas de blanco y su rostro es cadavérico, como ocurre en *“Mujer de la noche oscura”*.

También hay brujas que han adquirido poder a través del pacto con el diablo, un ser al que adoran como único señor, como sucede en *“La bruja y el pan”*.

Asimismo, hay madres muertas que lloran por sus hijos perdidos, como ocurre en *“La llorona de Tumbaco”*.

Además, sobresalen las viudas que capturan a los borrachines, como sucede en *“La viuda de Quito”* y hermosas damas que caminan por la tierra para llevarse con ellas a quienes juegan y apuestan, como ocurre en *“Dos árboles”*.

MUJER DE LA NOCHE OSCURA

Fuente oral: **Luis Arturo Jami**

Recopilación: **Paola Jami, María José Santana**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Cotopaxi

Mi nombre es Arturo Jami. Soy de Latacunga, del barrio "Cuicuno".

Soy músico y les contaré hoy una historia que me impactó sobre manera, cuando regresábamos de una presentación musical con uno de mis amigos.

Nos habíamos quedado bebiendo un rato en una de las cantinas del pueblo, hasta cerca de las 11:30 de la noche. Pasamos un momento agradable, pero cuando dieron las 12 campanadas, decidimos salir del lugar para ir a nuestras casas.

No caminamos mucho, cuando vimos cómo una mujer, a unos 10 metros de distancia, se plantaba frente a nosotros. Era alta, llevaba un vestido blanco y no se dejaba mirar el rostro.

Mi amigo y yo nos quedamos perplejos. Mi compañero, hablando entrecortadamente, me dijo que la mujer parada frente a nosotros le daba mucho miedo. En ese momento, la dama alzó el rostro para que viéramos su cara. No puedo decirles cuán horrorizados nos quedamos, pues no tenía rostro. Entonces, bajó nuevamente la cabeza y en segundos volvió a alzarla. Ahora sí tenía rostro, era una calavera.

Nos quedamos helados. Mi compañero me dijo: "¿Viste lo que yo vi?" Él pensaba que lo que habíamos visto era fruto de nuestra imaginación por efectos del alcohol. Yo le contesté con otra pregunta: "¿Qué viste?". Me contestó que había visto a una mujer alta, con vestido blanco y rostro de calavera.

Seguros que los dos habíamos visto al mismo diablo, salimos corriendo. Al pasar por el lado del cementerio de Cuicuno, escuchamos gritos desgarradores que venían desde el interior del camposanto. Al día siguiente, nos enteramos de que un hombre había muerto.

LA PÁNFILO

Fuente oral: **Mercedes Benítez**
Recopilación: **Dorys Rueda**
Transcripción: **Amparito Nicolalde**
Noviembre, 2020

Provincia: Imbabura

La fiesta en la quinta La Florida, que llevaba encerrados a sus invitados ya por cinco días, había terminado y los invitados empezaban a salir, muchos de ellos pasados de copas, lo cual sirvió para que alguien apareciera por las noches, cerca de la Gruta del Socavón, cubierta con un manto fantasmal blanco; gemía ululante ante los borrachos que desmayados amanecían con los bolsillos vacíos.

El pueblo llamó al fantasma: “La pánfila” y aseguró que era un alma en pena que buscaba a quien confiarle el lugar de un entierro. Ya nadie se arriesgaba a salir por las noches, las mujeres atrancaban las puertas de sus casas, aunque sus maridos no llegasen y elevaban oraciones pidiendo protección al Supremo.

Se sabía que La pánfila tenía las uñas muy muy largas y eso creó sospechas en los amigos: U. Benítez (Mascha), Dávila (Pilico) y Sandoval, para quienes las fechorías de la “aparición”, que venían ocurriendo ya con frecuencia, se convirtieron en un reto que derivó en una apuesta de una botella de “puntas” de Intag, a quien se arriesgara a acercarse a la enviada de ultratumba. El Pilico Dávila fue el designado para tan arriesgada misión, se santiguó tres veces, tomó un buen trago para asentar los nervios y se dirigió al lugar donde llegaba por las noches “La pánfila”.

Era noche de conjunción, corría un viento frío y los perros ladraban sin cesar. El Pilico, fingiendo estar borracho, avanzó tambaleante sin descuidar todo lo que sucedía a su alrededor.

“La pánfila”, cubierta de blanco hasta los pies, lo esperaba tras un tapial y levantando los brazos espectrales lanzó alaridos escalofriantes. El Pilico Dávila, aterrorizado, alcanzó a lanzar un buen puñetazo contra la “aparición” que cayó al suelo, donde le siguió golpeando sin parar. Entonces le quitó el manto y descubrió que era la mujer del zapatero Jacinto Buendía. Benítez y Sandoval se acercaron rápidamente, mientras el alma bendita lloraba desconsolada, pidiendo perdón y dejando al descubierto los grandes bolsillos donde guardaba lo robado.

Nunca más apareció por las oscuras callejas, se marchó del pueblo cuando la gente se enteró de sus andanzas.

LA BRUJA Y EL PAN

Fuente oral: **María Angelita Rodríguez Hidalgo**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Noviembre, 1998

Provincia: Imbabura

Hace muchísimos años, en ese Otavalo antiguo, vivía una mujer muy hermosa que había hecho pacto con el diablo a cambio de poder volar y hacer hechizos. Desde entonces, perdió su lado humano y se volvió un ser maligno. Su entrega era total a Satanás, a quien adoraba como amo y único señor.

En luna llena salía a volar a las 12 de la noche, en busca de algún incauto que transitara por el lugar. En la mañana, en cambio, se dedicaba a aconsejar a los varones que acudían a consultarle sobre sus amores y a venderles productos de magia y hechicería con fines curativos. Pero en el fondo, lo que quería era dominar la voluntad de esos hombres, causarles daño, padecimientos y males.

Un día, un joven le pidió ayuda porque su novia le había abandonado. La bruja le dijo que buscara a la muchacha y le diera de comer, antes de las 12 de la noche, el delicioso pan que ella le entregaba en ese momento. El muchacho fue por su novia, pero como no la encontró, guardó el pan para darle a la chica al siguiente día. Cuando amaneció, fue a revisar el panecillo y la sorpresa que se llevó fue grande. Estaba lleno de lombrices y gusanos de color negro. En ese instante, se dio cuenta de que las intenciones de la bruja no habían sido buenas. Si la chica hubiese comido el pan, hubiera muerto por esas sanguijuelas.

LA LLORONA DE TUMBACO

Fuente oral: **Betty Vega Pérez**

Recopilación: **Micaela Toledo, Pamela Chango**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Pichincha

Hace algunos años, en la parroquia de Tumbaco, mi padre asistió a un evento de trabajo que tuvo lugar en los alrededores del parque central de Tumbaco. Nuestra casa se encontraba muy cerca de allí, apenas a unas dos cuadras.

Debido a la cercanía entre la casa y el lugar de la reunión, mi padre aceptó gustosamente quedarse hasta tarde, además, como no era peligroso caminar por las calles, no tuvo ninguna objeción en ir. En ese tiempo, no existían los robos y secuestros que ahora azotan al país.

Al terminar la reunión, mi padre empezó a caminar rumbo a la casa, pero al cruzar frente a la iglesia, una sensación extraña le envolvió. Sintió que alguien le estaba siguiendo. Él nunca se imaginó de que se tratase de un ladrón. Pensó, más bien, en cierto vecino que posiblemente podía estar caminando por allí, pero por las dudas prefirió acelerar el paso.

No obstante, la sensación de que alguien le seguía se intensificó más. Le venció la curiosidad y decidió mirar hacia atrás. Entonces, observó la figura de lo que parecía ser una mujer cubierta con un manto negro, que estaba parada fuera de la iglesia. Al verla, mi padre se paralizó del miedo.

Notó que la mujer se le aproximaba cada vez más. Entonces, intentó correr, pero su cuerpo no le respondió. No podía moverse, se sentía débil y sin fuerzas, sin embargo logró caminar hasta la esquina del parque. Regresó a ver y observó que la mujer estaba atrás suyo y le miraba fijamente. Mi padre atemorizado empezó a orar, mientras corría con la esperanza de llegar rápido a la casa. Cuando golpeó la puerta con fuerza, mi madre salió a abrirle. Él, angustiado, le contó todo lo que le había sucedido.

Mis padres pensaron que probablemente se trataba de la Llorona de Tumbaco, una mujer que decían había perdido a sus hijos y que ahora, ya muerta, se presentaba a los hombres borrachos y viciosos que frecuentaban las calles a altas horas de la noche.

DOS ÁRBOLES

Fuente Oral: **Víctor Bastidas**

Recopilación: **Stephanía Bastidas**

transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Pichincha

Cuenta la leyenda que hace muchos años atrás había en la ciudad de Quito, en sus inicios, una familia muy adinerada que tenía un solo hijo.

Este joven tenía su mesada y se la gastaba en juegos de póker y cartas, era un jugador empedernido. Con el pasar del tiempo, sus padres tomaron una decisión: no darle tanto dinero para que no siguiera con su vicio.

El joven, acostumbrado a gastar mucho, empezó a robar cosas de su casa: joyas, cuadros y objetos valiosos, al punto que un día robó el anillo de bodas de su madre para poder jugar.

Esa noche cuando salía del juego, ya muy tarde, mientras iba de regreso a su casa, se encontró con una joven muy hermosa que le llamó mucho la atención. Decidió acercarse y hablar con la muchacha. Le preguntó qué hacía a esa hora tan sola. Ella le respondió que estaba esperando a que alguien la llevara a casa. El joven se ofreció acompañarla y la chica aceptó.

Cuando habían caminado ya un tiempo, el muchacho intrigado le preguntó: “¿Dónde vives?, hemos caminado mucho y aún no llegamos”.

Ella le contestó: “En el bosque, ya estamos cerca”.

Al escuchar esta respuesta, el muchacho se quedó más tranquilo.

Después de un corto tiempo, llegaron al bosque y ella señaló un lugar: “Mira, en la casa que está abajo, allí vivo. Tengo una propuesta: si tú me acompañas hasta la puerta de mi casa, ya no podrás regresar. Te quedarás conmigo para siempre”.

Un poco asustado, pero embobado por la muchacha, acertó a responder: “Claro”, te acompaño y me quedo contigo para siempre”.

Cuando llegaron a la casa, él observó que en la puerta había una gran roca. Entonces, preguntó: “¿Cómo vamos a ingresar con esa piedra cubriendo la entrada? No podemos moverla”.

La joven muy contenta le dijo: “Descuida, de eso me encargo yo, pero quiero que estés bien seguro: si entras, te quedarás conmigo para siempre. ¿Estás dispuesto?”.

Él contestó afirmativamente. En ese momento, la muchacha movió la roca como si fuera un papel y le dijo: “Acércate y mira el interior”. El joven se aproximó con confianza, lo que aprovechó la joven para empujarlo con fuerza. La casa en ese instante se convirtió en una gigantesca paila llena de aceite hirviendo, donde el muchacho cayó y desapareció.

Con el paso de los días, los padres del joven salieron a buscarlo, pero nunca lo encontraron. De pronto un día, mientras la madre estaba observando por la ventana, vio a su hijo en medio de dos árboles. Ella, emocionada, salió a darle la bienvenida. Le abrazó y le preguntó dónde había estado.

Él le dijo: “He venido solo para hacerte dos preguntas: ¿Por qué este árbol que está a mi derecha es frondoso y tiene frutos? ¿Por qué este árbol que está a mi izquierda está reseco, torcido y sin vida?”

La madre le respondió: “El de la derecha, porque me encanta y me he dedicado mucho tiempo a cuidarlo, podarlo y quitarle las malas hierbas. El de la izquierda, porque es un árbol que nunca me gustó ni le puse cuidado. Lo regaba de vez en cuando, pero jamás podé las hierbas malas”.

"Yo soy el árbol torcido que tú no supiste cuidar bien", replicó el hijo. "Pensaste que todo lo material era suficiente para que yo fuera íntegro".

La madre, al escuchar estas palabras, rompió en llanto. Se tapó la cara y cuando dejó de hacerlo, se dio cuenta que su hijo había desaparecido. Nunca más volvió a verlo.

LA VIUDA DE QUITO

Fuente oral: **Rosa María Erazo Inapanta**

Recopilación: **Marco Tamayo**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Pichincha

La historia que les contaré ocurrió una noche, en lo que hoy es el barrio de la Rumiñahui.

Un día mi papá se fue a trabajar, pero ya se acababa el día y no regresaba. Mi mamá, al ver que eran las diez de la noche, nos dijo a mi hermano Segundo y a mí: “Su papá no viene, es mejor que vayamos a buscarle”. Yo le dije que no, que esperaríamos un poco más, no quería que mi madre saliera a esa hora de la casa. Justo en ese momento, a lo lejos, escuchamos el silbido de papá. Mi madre nos pidió que fuéramos a darle el encuentro, porque ya debía haber pasado la hacienda de abajo.

Salimos y caminamos un buen rato juntos, pero Segundo se me adelantó, pasó el puente y se adentró en la zona de la quebrada. A gritos me dijo que no veía a papá por ningún lado, pero que bajara para buscarlo.

Cuando llegué a la quebrada, espí por todos lados y vi a la distancia a Segundo. También vi a mi padre que estaba parado justo en el borde de la quebrada, yéndose a caer. A gritos, mi hermano le decía: “Papá, papá, ¿qué vas a hacer? No te muevas”. Mi padre, como respuesta, también a gritos, le decía: “Hijo, es que tu mamá no me deja moverme, me jala a la quebrada”. En ese momento, observé la figura de una mujer vestida de negro que estaba a pocos metros de mi padre. No era mi madre la que jalaba a mi padre a la cañada, sino la viuda, la yumba, que así le llamaban.

La viuda era conocida por aparecer y llevarse con ella a los ebrios y como mi papá estaba borracho, le estaba llevando a la muerte. Mi hermano se acercó a mi padre y le dijo: “Usted va a caerse, venga conmigo”. Él le respondió: “No, hijo, porque tu mamá me jala para el barranco”. Segundo, sin perder tiempo, jaló a mi padre, moviéndole del borde de la quebrada. Entonces, él reaccionó y abrazó a mi hermano. La mujer que estaba junto a él desapareció en ese instante.

Todavía asustados, mi hermano y yo le llevamos a casa, salvándole de una muerte segura. Sin nuestra ayuda, seguramente la yumba le hubiera llevado a mi papá con ella.

LA VIUDA DE SANGOLQUÍ

Fuente Oral: **Nelson Hugo Del Valle Díaz**

Recopilación: **David Del Valle, Dayana Vega**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Pichincha

La historia que les contaré tiene que ver con lo que le sucedió a mi hermano menor llamado Pablo Marcelo Del Valle Díaz y a su amigo íntimo, a quien todos llamaban con el sobrenombre peculiar de “Che Che Che”. En ese tiempo era muy común conocer a las personas por los sobrenombres.

En esa época, por la estrictez de los progenitores, si un hijo llegaba tarde a la casa era fuertemente castigado. En el caso de mi hermano y de mí, si llegábamos pasadas las seis de la tarde, éramos azotados con el fuste. Por esta razón, mi hermano, cuando se hacía tarde, mejor no llegaba a casa y se iba junto con su amigo “Che Che Che” a dormir en el corredor de alguna casa abandonada.

En una de esas noches, cuando estaban durmiendo en uno de esos corredores, mi hermano y su amigo “Che Che Che” escucharon un ruido tremendo que no sabía de dónde venía. El ruido se hizo más fuerte, como si alguien zapateara al lado de ellos. Medios dormidos alzaron la cabeza para ver qué sucedía, entonces vieron a una mujer vestida de negro de pies a cabeza, que se apoyaba en la baranda del corredor.

Se incorporaron y con picardía se acercaron a la mujer para coquetear con ella. Cuando esta se descubrió el rostro, lo que apareció ante ellos fue terrorífica calavera. Mi hermano y su amigo “Che Che Che”, con los pelos de punta, huyeron precipitadamente del lugar sin regresar a ver. Desde ese momento, abandonaron la costumbre de quedarse a dormir en otras casas que no fueran las suyas.

SITIOS ESPECIALES

Hay sitios extraordinarios del país, donde surgen relatos muy conocidos.

Hay un túnel fantástico en la provincia de Cotopaxi, en el que existen mazorcas de oro, y un lago, en la provincia de Imbabura, cuyo poder se hace visible, cuando castiga a quienes recorren sus orillas a las doce de la noche

Asombran los muertos que deambulan por ciertas zonas, como la joven fallecida que se aparece en la noche a los conductores que transitan la vía Alóag-Santo Domingo, cerca del sector de Alluriquín.

No sorprenden otros sitios como “La esquina de la Virgen”, en la provincia de Pichincha, al que un quiteño llega de manera fantástica o el “Hospital de la Policía Nacional” de la capital, en el que ocurre un hecho divino.

También hay otros lugares que nos impactan por su misterio y su relación con lo diabólico, porque allí habita el diablo, como sucede en el cantón Pedro Moncayo en la ladera de Sumir Rumi.

LAS MAZORCAS DEL TÚNEL

Informante: **Nelson Bolívar Arias Tapia**

Recopilación: **Génesis Carolina Arias, Gabriela Estefanía Amores**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2018

Provincia: Cotopaxi

Según cuentan los antepasados, en San Antonio de Aláquez, parroquia rural del Cantón de Latacunga, existió un gran túnel que atravesaba una montaña rodeada de un bosque de eucaliptos. Este túnel se extendía desde el barrio Colaya, hasta el parque central de la parroquia.

La gente del pueblo contaba que a todos les encantaba ingresar al túnel para saber qué podrían encontrar en su interior. Los niños, sin embargo, eran los más curiosos e interesados. Cuando alguien entraba, se quedaba en la mitad sin llegar al final del túnel, pues la oscuridad y la estrechez del pasadizo le espantaba y le hacía salir aterrorizado de manera inmediata.

Cierto día un hombre decidió entrar, porque escuchó decir a varios pobladores que, al final del recorrido escalofriante de la galería, encontraría mazorcas de oro. Mientras más lejos estaba de la entrada, menos eran las posibilidades de caminar y tuvo que atravesar medio camino de rodillas. El espacio era reducido y cada vez se encogía más. Su respiración se dificultaba y su miedo se intensificaba. Nunca salió.

El túnel sigue allí, pero los árboles y despeñaderos se han encargado de cubrirlo casi por completo.

LA CHICA DE LA CURVA PELIGRO

Fuente oral: **Franklin R. Ponce**

Recopilación: **Edison F. García**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Diciembre, 2015

Provincia: Guayas

Hace muchos años, en una de las vías más transitadas de nuestro país, ocurrió un grave accidente. Un autobús que transitaba en sentido sur - norte, desde Guayaquil hasta Quito, con alrededor de cincuenta pasajeros, perdió pista y se accidentó en el sector de la curva de la muerte, de la vía Alóag-Santo Domingo cerca del sector de Alluriquín, parte de lo que ahora comprende la provincia de Santo Domingo de los Tsáchilas.

Al parecer, el vehículo transitaba a exceso de velocidad y no pudo frenar a tiempo, cuando salió de la curva. Muy tarde el chofer había notado un deslave que bloqueaba gran parte de la pista. El bus se precipitó a un barranco de casi treinta metros de profundidad. Ninguno de los ocupantes se salvó, todos fallecieron y sus cuerpos fueron llevados a la morgue del lugar, para que sus familiares pudieran reconocerlos y darles cristiana sepultura.

De todos los fallecidos, solo un cuerpo no pudo ser reconocido ni reclamado. Se trataba de una mujer joven, de unos 22 años, de contextura delgada y de rostro tierno y hermoso.

Pasaron varios meses del accidente y el cuerpo de la chica seguía en los congeladores de la morgue, por lo que los médicos forenses de la ciudad de Santo Domingo decidieron vender el cuerpo a un grupo de muchachos de la Facultad de Medicina de la ciudad de Quito.

Los jóvenes que habían adquirido el cuerpo regresaban de Santo Domingo a Quito, muy contentos, por la enorme adquisición que habían hecho para su carrera de medicina. Antes de llegar a Alluriquín, vieron a una chica que estaba parada a un lado de la vía.

Ellos, en un gesto de amabilidad, ya que era muy tarde, decidieron parar el auto para acercarse a la muchacha. Le preguntaron qué hacía en ese lugar tan peligroso y a esas horas de la noche. Ella respondió que esperaba que algún bondadoso chofer le llevara unos cuantos kilómetros más adelante, al poblado más cercano donde estaba su casa y así poder descansar.

Los muchachos, amablemente, le permitieron subirse al auto. Uno de los jóvenes le preguntó por qué estaba mojada, cuando ni siquiera había llovido en el lugar. Ella, no pudo responder ya que titiritaba de frío. Este mismo muchacho, en un gesto de caballerosidad, le prestó su chompa para que la chica se abrigara.

Más adelante, el conductor le informó a la joven que habían llegado al pueblo y le preguntó dónde deseaba bajarse. Ella le contestó que su casa estaba en las afueras, que continuara y ella misma le avisaría para que se detuviera.

En efecto, minutos después, la muchacha le pidió que parara. Había una casa más arriba de la carretera. Los jóvenes asumieron que allá se dirigiría. La dejaron en ese lugar, conocido como Tandapi.

Un par de días más tarde, el joven decidió ir a retirar la chompa que le había prestado a la joven. Llegó a la casa y al golpear la puerta, salió una ancianita. El muchacho le preguntó por la chica que días atrás había dejado en la carretera y que se dirigió a esa casa. Venía por la prenda que le había prestado para que se resguardara del frío.

La ancianita le escuchó muy extrañada y le contestó que allí no vivía ninguna joven y que de seguro debía estar equivocado. Le contó que la única persona que había vivido con ella era su nieta, que unos meses atrás había salido de viaje a Guayaquil y nunca más había regresado, porque había muerto en un accidente en la vía. Las autoridades le dijeron que su cuerpo debía estar en Santo Domingo, pero como no había tenido fuerzas para ir sola allá y no tenía dinero para el viaje, no había ido a reconocer su cuerpo. Pero que ya le tenía un sitio bonito en la colina, una tumba con una cruz para que ella pudiese descansar.

El joven sorprendido le pidió a la viejita que le mostrara una fotografía de su nieta para confirmar si se trataba de la misma persona. Al mirar la foto, se percató de que la joven a quien había prestado su chompa era la misma que la del retrato. Le pidió que le llevara a la tumba que había construido para la difunta. Al llegar al lugar, los dos se quedaron perplejos al observar que una chompa yacía colgada en la cruz de aquel sepulcro.

Cuentan que las apariciones de la joven fueron repitiéndose. Se asomaba en la vía al caer la noche y los incautos choferes, asombrados por su belleza, la llevaban hasta el lugar donde ella les indicaba. Entonces, pedía prestado una chompa para abrigarse y cuando los conductores iban a buscar su prenda, se llevaban una gran sorpresa.

EL LAGO SAN PABLO

Informante oral: **Dolores Maldonado**

Recopilación: **Ángelo Sánchez**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Noviembre, 2022

Provincia: Imbabura

Mi nombre es Dolores Maldonado, tengo 53 años y recuerdo hasta el día de hoy una historia que me contaban mis abuelitos sobre el Lago San Pablo. Decían que cuando una persona desconocida caminaba a las doce de la noche cerca del lago, este le absorbía.

Mi cuñado, en cambio me contó la historia de una pareja que tenía un hijo. Un día, este muchacho decidió hacer ciclismo en la noche. Cuando pasaba por las orillas del lago, misteriosamente desapareció junto con la bicicleta. Tres días después apareció sin vida. La gente decía que fue absorbido por el lago y que este, después de un tiempo, le había arrojado nuevamente a la tierra.

DOÑA FILOMENA EN LA IGLESIA DE SAN LUIS

Fuente oral: **Alejandro Chaves Reyes**

Recopilación: **Clara Chaves**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Enero, 2023

Provincia: Imbabura

Mi padre fue don Alejandro Chaves Reyes y él, en las noches de familia, solía contarnos una historia muy peculiar, que les narraré a continuación:

Sucedió en los años 40, en la ciudad de Otavalo, cuando los eucaliptos bordeaban el pueblo, dejando su perfume de campo en el ambiente otavaleño. La población contaba con pocas calles empedradas y en el parque principal estaba la Iglesia de San Luis, visitada por gente piadosa que quería salvar sus almas del eterno castigo del infierno y del purgatorio.

Precisamente esta iglesia era la preferida de doña Filomena Pérez, protagonista de la historia. Como en todo pueblo, cada habitante tenía su propio apodo y doña Filomena también tenía uno, le apodaban “La Llura Pérez”. Era una mujer que visitaba a diario el Santuario de San Luis para elevar sus plegarias y expiar sus culpas ante el Señor de las Angustias.

No faltaba un solo día en que doña Filomena dejara de asistir al templo. Siempre a las 4 de la tarde se le veía ir a paso apresurado, vestida toda de negro con un manto del mismo color que cubría todo su cuerpo. Se arrodillaba frente al Cristo sacando su libro de rezos y luego de leerlo, de principio a fin, terminaba con golpes en el pecho preguntando: “¿Quién sois vos? ¿Quién soy yo?”, alargando por media hora más su visita a la iglesia.

Cabe mencionar que el templo cerraba sus puertas a las 6 de la tarde, cuando el cielo comenzaba a oscurecer. El sacristán esperaba con ansias la salida de doña Filomena, pues su presencia le impedía cerrar las puertas de la iglesia a la hora de costumbre. Muy molesto el sacristán comenzó a idear un plan para que la beata no regresara más al santuario.

Un día de esos, el sacristán puso en marcha su plan y a la hora en que doña Filomena estaba por llegar, se escondió tras del Señor de las Angustias. Esperó a que rezara sus oraciones y cuando doña Filomena, mirando fijamente al Cristo, empezó con el estribillo conocido: “¿Quién sois vos? ¿Quién soy yo?”, el sacristán escondido habló con voz fuerte y ronca: “Quien haz de ser pues, la Llura Pérez nomás eres”.

Doña Filomena, sorprendida y agraviada por semejante insulto, enseguida le respondió: “¿Y vos quién te crees que eres? El Cristo de palo nomás eres”.

Así fue cómo se terminaron para siempre las visitas de doña Filomena al templo del Señor de las Angustias, para gusto del sacristán.

}

ESQUINA DE LA VIRGEN

Fuente oral: **Héctor Cisneros Ayala**

Recopilación: **Dorys Rueda**

Enero, 2022

Provincia Pichincha

Tení 8 años y vivía en ese entonces en la Vicentina, un barrio tradicional de Quito, ubicado en el centro oriente de Quito, a los pies del Itchimbia.

En los años 60-70, la Vicentina era un lugar pequeño, familiar y, sobre todo, pacífico. Todos nos conocíamos y cuando salíamos a la calle, saludábamos a cualquier persona mayor que encontrábamos al paso. Nuestro lugar mágico de encuentro era la calle, que no era un sitio peligroso como en la actualidad. Nos divertíamos en grande, jugando al fútbol, las canicas, las cogidas, los chullas y bandidos, la rayuela, los huevos de gato, el trompo y el churo. Cuando nuestros padres gritaban para que entráramos en las casas, recién nos percatábamos que era medianoche o habían dado las primeras campanadas de la mañana.

Una noche, agotado por haber jugado tanto, entré en la casa y lo único que quería era dormir. Me acosté y me quedé profundamente dormido. Estando en este estado de sueño, no sé qué ocurrió conmigo pero de pronto, de manera espontánea, sentí que estaba fuera del cuerpo y que me desplazaba con ligereza por las calles de Quito. Una experiencia que no me resultaba aterradora, pero que sí me sorprendía por todo lo que estaba mirando en ese momento. Tenía conciencia de que no había gente caminando por las calles porque era madrugada, pero también que los lugares por los que pasaba no me eran conocidos. No había estado nunca allí.

De pronto llegué a una esquina y allí me llamó la atención una Virgen hermosa que estaba sobre una piedra. La miré largamente y luego, muy relajado, regresé. Al siguiente día cuando abrí los ojos, recordé la experiencia que había tenido. Recordé todo, cada detalle, cada lugar y, sobre todo, a la Virgen. A nadie le comenté sobre esta experiencia. Con el tiempo, me olvidé de lo sucedido.

Meses más tarde, cuando mi padre y yo pasábamos por la avenida 10 de Agosto y Luis Felipe Borja, le dije que yo había estado allí, que conocía ese lugar y que paráramos a ver a la Virgen. Mi padre me miró asombrado, porque él sabía que no había manera de que yo conociera a esa Virgen. Jamás me había llevado por ese lugar.

MISTERIO DE LA MONTAÑA

Informante oral: **Gumercindo Heredia**

Recopilación: **Máximo Jacinto Heredia**

Transcripción: **Dorys Rueda**

Noviembre, 2022

Provincia: Pichincha

Soy Gumercindo Heredia y la historia que les contaré ocurrió en la parroquia de Malchinguí, cantón Pedro Moncayo, en la ladera de Sumir Rumi.

Sucedió cuando estaba pastando a unos animalitos, yo tenía diez años por ese entonces. Transcurría el año de 1967, eran las cinco de la tarde cuando escuché cerca de mí una bella música. En ese momento, pensé que se trataba de la partida tradicional de Malchinguí. Así que fui corriendo a verlos, pero por más que me apuré y miré a un lado y a otro, no encontré a nadie. La música se había ido y ya no se escuchaba nada. Desilusionado, regresé con mis animalitos.

A los pocos minutos, otra vez volví a escuchar la música de fiesta que había oído antes. Al igual que la primera vez, fui corriendo a encontrarme con la gente que suponía venía. Miré por todos lados, pero nadie apareció. La música dejó de escucharse y un silencio sepulcral se apoderó del lugar.

Decepcionado volví otra vez con mis animalitos, pero a los pocos minutos, por tercera vez, volví a escuchar la música de fiesta. En ese instante me dije: “Es la última vez que iré a ver lo qué pasa, no regresaré sin saber qué ocurre”. Miré por todos lados y, al igual que las veces anteriores, me di cuenta de que no había ninguna fiesta. Un silencio profundo envolvió el lugar.

Esta vez regresé temeroso y aterrorizado, porque todo lo que me había ocurrido era muy extraño. Posiblemente fue el diablo el que me quiso distraer con algún fin. No le iba a dar gusto, me olvidé de la música y reuní a mis animalitos con mucho cariño.

SU MANO

Fuente Oral: José Ruiz

Recopilación: María José Carvajal Ruiz, Alexis Cabezas Ruiz, Dennise Montalván

Transcripción: Dorys Rueda

Enero, 2018

Provincia: Pichincha

Mi nombre es José Ruiz, soy oriundo de Ambato y voy a contarles una historia que me sucedió hace algunos años.

Sucede que un médico de mi ciudad me diagnosticó diabetes y por mi estado de gravedad, mi familia decidió llevarme a Quito al Hospital de la Policía Nacional.

Estaba muy mal cuando llegué al hospital. Como no podía caminar, mi hija Vicky me tomó de un brazo, pero del otro no tenía quién me sostuviera. En ese momento, por la inestabilidad, pensé que me iba a caer. Entonces, de la nada, apareció un árbol y yo me arimé a él. Antes de desvanecerme, escuché que pedían una camilla porque estaba a punto de desmayarme.

Pasó algún tiempo hasta que volví en mí, gracias a los sueros e inyecciones que me habían colocado. En dos horas ya me encontraba mucho mejor de salud.

Mi hija, ya más tranquila, se preguntaba a qué árbol me había arrimado cuando había llegado al centro de salud. Salió a buscarlo, pero no lo encontró. Entonces, decidió preguntar a quienes trabajaban allí. Muy extrañados por la interrogante, los trabajadores le dijeron que jamás había existido un árbol en el hospital.

Cuando mi hija me contó lo que le habían dicho, no lo podíamos creer porque ambos vimos el árbol al cual me había apoyado para no caerme. No había más que una explicación: Dios, valiéndose del árbol, me extendió su mano para evitar que cayera al suelo. Eso es todo cuanto puedo informar en honor a la verdad.

RUBÉN DARÍO BUITRÓN

Quito, 1966



Periodista, narrador y poeta. En los ochenta formó parte del Taller de Literatura de la Casa de la Cultura, matriz, conducido por el novelista Miguel Donoso Pareja. Fundador del Taller y de la revista de creación La mosca zumba, de la que fue su director. Ha obtenido los siguientes reconocimientos: Tercer Premio Concurso Nacional de Cuento Diario Últimas Noticias, Quito, 1985; Segundo Premio, III Bienal del Cuento Ecuatoriano "Pablo Palacio", 1995. También se ha hecho acreedor (1994, 1997) a dos premios nacionales de periodismo. Fue Editor General del diario El Universo, Editor General del diario Expreso y Editor de Información y Opinión del diario El Comercio.

Ha sido docente invitado en las universidades UDLA, UTPL, USGP, ULEAM, entre otras y ha asesorado reestructuras editoriales y de diseño en los periódicos Correo, de Machala, El Norte, de Ibarra y El Tiempo, de Cuenca. En la contraportada de su primer volumen de cuentos, se señala: "con Instrucciones para llegar al orgasmo, Rubén Darío Buitrón Aguirre muestra una permanente búsqueda de nuevas formas expresivas y temáticas de las que no escapan ni las poderosas maquinarias ideológicas de la comunicación ni los mitos y tabúes cotidianos que ahora, más que nunca, es necesario irlos develando".

Es autor de los libros: Cuento: Instrucciones para llegar al orgasmo (Quito, 1987). Poesía: Este mundo gris lleno de ratas (Quito, 1997). Consta en las antologías: Libro de posta (Quito, 1983); Quito: del arrabal a la paradoja (Quito, 1985); III Bienal de Cuento "Pablo Palacio", Cuentos premiados (Quito, 1996); Crónica: Absurdos cotidianos (Guayaquil, 1998; Poesía: Esencias del apocalipsis (Guayaquil, 1999); Ensayo/testimonio: Periodismo por dentro (Quito, 2004, 2005); Poesía: Nada más profundo que tu noche (Manta/Quito, 2007, 2010); Periodismo: Veinte años del premio Jorge Mantilla Ortega (Quito, 2012), Crónica: Batallas personales (Quito, 2014); Poesía: Oscuridad de las luciérnagas (Quito, 2018); Poesía: Leve es la vida que nos queda (Quito, 2021).

ROMEL ROJAS

Otavalo, 1962



Docente de Lengua y Literatura, tiene su programa de opinión, político y cultural, en “Radio Armonía”, por más de siete años. Es miembro de número de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura. Ha escrito algunos libros de poesía.

Es barista experimental, amante obsesivo del café, pintor y fotógrafo aficionado. Es un eterno enamorado del paisaje imbabureño.

Estudió en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador Sede Ibarra, tiene un doctorado en administración educativa.

Está radicado desde los once años en Otavalo, “Valle del amanecer

LA AUTORA

Dorys Rueda
Otavalo 1961



Investigadora y docente, tiene una licenciatura en Letras y Castellano. Es magíster en Literatura Ecuatoriana e Hispanoamericana y magíster en Literatura Infantil y Juvenil. Tiene una especialidad en Currículum y Prácticas Escolares en Contexto y un diplomado en currículum.

Es fundadora del sitio web: “El Mundo de la Reflexión”, que nace en el 2013 para incentivar la lectura y la escritura, difundir la narratología oral del Ecuador y recoger reflexiones de alumnos y maestros sobre temas diversos.

Es autora de los libros: "Lengua 1 Bachillerato" del Plan Amanecer (2009), "Leyendas, historias y casos de mi tierra Otavalo" (2021), "Leyendas, anécdotas y reflexiones de mi tierra Otavalo" (2021) y "11 leyendas de nuestra tierra Otavalo Español-inglés" (2022). Es autora del video: “La viuda del cementerio” (2022) y coautora del libro: "Anécdotas, sobrenombres y biografías de nuestra tierra Otavalo (2022).

Recibió el reconocimiento en el ámbito cultural y literario por parte del Municipio de Otavalo, en octubre de 2021.

